

La Novela Corta

nº 88, 8 de septiembre de 1917

LA MAJA DESNUDA

De

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

(Adaptada expresamente a las dimensiones de esta revista)

PRIMERA PARTE

I

Eran las once cuando Mariano Renovales llegó al Museo del Prado.

El maestro Renovales detúvose unos instantes al pie de la escalinata. Contemplaba con cierta emoción la hondonada que da acceso al palacio, con sus declives de césped fresco. En lo alto de estos desmontes, la antigua iglesia de los Jerónimos, de gótica mampostería, marcaba sobre el espacio azul sus torres gemelas y sus arcadas ruinosas. El invernal ramaje del Retiro servía de fondo a la blanca masa del casón. Después se fijó en un edificio de muros rojos y portada de piedra. ¡Puá! ¡La Academia! Y el gesto del artista encerró en una misma repugnancia la Academia de la Lengua y las demás Academias.

La escalinata del museo recordaba al maestro su adolescencia. Aquellos peldaños los había subido muchas veces a los dieciséis años, con el estómago desfallecido por la ruina comida de la casa de huéspedes. ¡Cuántas mañanas pasadas en aquel caserón copiando a Velázquez!

El artista siguió adelante en línea recta. Permaneció largo rato inmóvil, pasando sus ojos de un lado a otro, queriendo abarcar de golpe toda la obra del inmortal, mientras en torno de él comenzaba a sonar un zumbido de curiosidad.

— ¡Renovales!... ¡Está aquí Renovales!

La noticia había partido de la puerta, extendiéndose por todo el museo, llegando a la sala de Velázquez detrás de sus pasos.

El pintor, sin hacer caso de la multitud, sintió de nuevo la influencia del gran maestro. Admiró su prodigioso arte, sintiendo al mismo tiempo intensa tristeza.

¡Infeliz don Diego! Había nacido en el periodo más melancólico de nuestra historia. Su sano realismo era para haber immortalizado la forma humana en toda su bella desnudez, y el destino le deparó un periodo en el que las mujeres parecían tortugas asomando el busto entre la doble concha de su hueca faldamenta, y los hombres tenían una rigidez sacerdotal, irguiendo las morenas y mal lavadas cabezas sobre tétricas ropillas.

Renovales salió a la galería central buscando las obras de Goya que llenaban un gran espacio de ambos muros. A un lado, los retratos de los reyes de la decadencia borbónica: cabezas de monarcas o de príncipes, abrumadas por la blanca peluca; ojos punzantes de mujer, rostros exangües con los cabellos peinados en forma de torre y concentró su atención en una figura desnuda.

—¡La maja de Goya!... ¡La maja desnuda!...

El pintor contempló con delectación aquel cuerpo desnudo, graciosamente frágil, luminoso, como si en su interior ardiese la llama de la vida, transparentada por las carnes de nácar. Los pechos firmes, audazmente abiertos en ángulo, puntiagudos como magnolias de amor, marcaban en sus vértices los cerrados botones de un rosa pálido. Una musgosa sombra apenas perceptible entenebrecía el misterio sexual; la luz trazaba una mancha brillante en las rodillas de pulida redondez, y de nuevo volvía a extenderse el discreto sombreado hasta los pies diminutos, de finos dedos, sonrosados e infantiles.

El recuerdo de la novelesca vida de Goya le hacía pensar en su propia vida. Le llamaban maestro; comprábanle a buen precio todo lo que pintaba, especialmente si era con arreglo al gusto ajeno y contra su voluntad de artista; gozaba una existencia tranquila, llena de comodidades; tenía allá, en su estudio, con honores de palacio, cuya fachada reproducían los periódicos ilustrados, una esposa que creía en su genio y una hija que casi era una mujer, y hacía tartamudear de emoción a la tropa de discípulos íntimos.

¿Qué faltaba en su existencia?... ¡Ay!... Renovales sonreía irónicamente. Acudía de golpe a su memoria toda su vida en tumultuoso agolpamiento de recuerdos. Fijaba una vez más su mirada en aquella mujer de luminosa blancura, semejante a un ánfora de nácar, con los brazos en torno de la cabeza, los pechos enhiestos y triunfadores, los ojos puestos en él, como si le conociera muchos años, y repetía mentalmente, con expresión de amargura y desaliento:

—¡La maja de Goya!... ¡La maja desnuda!...

II

Al recordar Mariano Renovales los primeros años de su vida, su sensibilidad, siempre exquisita, evocaba un incesante choque de martillos.

Su padre, un cíclope bondadoso, velludo, tiznado de negro, iba de un lado a otro revolviendo hierros, manejando limas, dando órdenes a sus ayudantes con fuertes gritos, para que pudiesen oírle en el estrépito del martilleo.

El incesante golpear de los martillos parecía conmovér al pequeño, infundiéndole una fiebre de actividad, arrancándolo de sus juegos infantiles. A los ocho años agarrábase a la cuerda del fuelle y tiraba de ella, extasiándose en la contemplación del chorro de chispas que arrancaba la corriente de aire a los encendidos carbones.

Aborrecía la escuela, mostrando un santo horror a las letras. En cambio, llevaba siempre los bolsillos llenos de carbones y no veía una pared o una piedra de cierta blancura sin que al momento dejase de trazar en ella una copia de los objetos que herían sus ojos por alguna particularidad saliente.

—¡Ven, mujer! -gritaba el herrero a su enfermiza cónyuge al descubrir un nuevo dibujo-. Ven a ver lo que ha hecho nuestro hijo. ¡Demonio de muchacho!...

Y a impulsos de este entusiasmo, no se lamentaba ya de que Marianillo abandonase la escuela y huyera del fuelle de la fragua.

En la taberna de la plaza Mayor había trazado las cabezas de los más asiduos parroquianos, y el tabernero las enseñaba con orgullo, no permitiendo que tocasen a la pared por miedo a que desaparecieran.

El buen herrero se decidió a confiar el chico a don Rafael, un señor que pintaba santos y que era tan bueno que quería ayudarle. La herrería daba para vivir. Todo consistía en trabajar unos años más, en sostenerse hasta el fin de su existencia junto al yunque. Su hijo había nacido para personaje, y era grave pecado cortarle el camino.

Mariano vivió en casa de su protector, siendo a la vez su criado y su discípulo.

El maestro, que amaba al muchacho por su carácter subordinado y su pureza de costumbres, intentaba en vano hacerle seguir el buen camino. Con solo imitarle tenía la fortuna hecha.

Pero cuando comenzó a ver cuerpos desnudos en la clase llamada del natural, se entregó con furia a este estudio, como si la carne le produjese la más fuerte de las embriagueces. Don Rafael se aterró, sorprendiendo en los rincones de su casa bocetos que reproducían vergonzosas desnudeces con toda su realidad. Además, producíanle cierto malestar los adelantos del discípulo.

—Ya sabes que te quiero como a un hijo, Marianito; pero a mi lado pierdes el tiempo. He pensado que podrías irte a Madrid. Allí están los de tu cuerda.

Su madre había muerto; su padre seguía en la fragua, y al verle llegar con unos cuantos duros, apreció esta cantidad como una fortuna.

A los dieciséis años cayó Renovales en Madrid, y viéndose solo, sin más guía que su voluntad, se entregó con furia al trabajo. Pasó las mañanas en el Museo del Prado copiando todas las cabezas de los cuadros de Velázquez. Creyó que hasta entonces había vivido ciego. Además, trabajaba en un estudio abuhardillado con otros compañeros y por la noche pintaba acuarelas. Con la venta de estas y de algunas copias, iba rellenando los vacíos que dejaba en su subsistencia la corta pensión enviada por el padre.

Las oposiciones de Renovales para alcanzar la pensión en Roma equivalieron a una revolución. La juventud, que le tenía por glorioso capitán, se agitó amenazante con el temor de que los «viejos» sacrificasen a su ídolo.

En Roma lo esperaba una cruel decepción. Sus compatriotas le recibieron con cierta frialdad. «¡Conque aquel mocetón era el hijo del herrero, que tanto ruido metía entre los ignorantes de allá!... Madrid no era Roma. Ahora verían ellos lo que aquel *genio* sabía hacer.»

Renovales no hizo nada en los primeros meses de su estancia en Roma. Él había ido allí, no a pintar, sino a estudiar: para esto le mantenía el Estado. Y pasó más de medio año dibujando, en los museos famosos, donde estudiaba, carbón en mano, las obras célebres.

De pronto el joven se encerró en la Academia y no bajó a la ciudad. Durante algunos días se habló de él en las reuniones de artistas. Estaba pintando; aproximábase una exposición que iba a verificarse en Madrid y quería llevar a ella un cuadro que justificase su pensión.

Fue un triunfo completo; el primer paso fuerte en el camino que había de conducirle a la celebridad. Se acordaba ahora con vergüenza, con remordimiento, del estrépito glorioso que levantó su cuadro *La victoria de Pavía*. La gente se agolpaba ante el lienzo enorme, olvidando el resto de la exposición.

De un salto pasó Renovales de la oscuridad a una luz de apoteosis. Los viejos encargados de juzgarle mostrábase benévolo con cierta conmiseración bondadosa. La fierecilla se amansaba. Renovales había visto mundo y volvía a las buenas tradiciones, siendo un pintor como los demás. Su cuadro tenía trozos que parecían de Velázquez, fragmentos dignos de Goya, rincones que recordaban al Greco: de todo había en él menos de Renovales.

Magnífico debut. Una duquesa viuda, gran protectora de las artes, que no compraba jamás un cuadro ni una estatua, pero sentaba a su mesa a los pintores y los escultores de renombre, encontrando en esto un placer barato y cierta distinción de dama ilustre, quiso conocer a Renovales. Y se hizo el primer frac, y tras los banquetes de la duquesa, visitó otros salones y fue durante algunas semanas objeto de la atención de este mundo, un tanto escandalizado por sus *salidas de tono*, pero satisfecho de su timidez.

En esta época de gran vida, siempre de frac a partir de las siete de la tarde y sin hacer otra pintura que la de mujeres que deseaban aparecer bonitas y discutían con el artista gravemente el traje que debían ponerse para servir de modelo, fue cuando Renovales conoció a su esposa Josefina.

La primera vez que la vio entre tantas damas de arrogante apostura y estrepitosa presencia, sintiose atraído hacia ella por la fuerza del contraste. Le impresionó el encogimiento, la modestia, la insignificancia de la jovencita. Era pequeña, su rostro no ofrecía otra hermosura que la de la juventud, su cuerpo tenía la gracia de la fragilidad. Aquella criatura estaba allí, lo mismo que él, por cierta condescendencia de los demás: parecía ocupar un sitio prestado y se encogía en él como temerosa de llamar la atención. Siempre la veía Renovales con el mismo traje de *soirée*, algo envejecido, con ese aspecto de cansancio de las prendas incesantemente reformadas para seguir el curso de las modas. La mamá, una señora majestuosa, de abultada nariz y lentes de oro, trataba con llaneza a las damas más linajudas; pero a pesar de esta intimidación, notábase en torno de la madre y la hija el vacío de un afecto algo desdeñoso, en el que entraba por mucho la conmiseración. Eran pobres. El padre había sido un diplomático de cierto nombre, que al morir no dejó a su esposa otros recursos que la pensión de su viudedad.

Unos les cedían su coche en ciertos días para que diesen una vuelta por la Castellana y

el Retiro; otros les enviaban su palco del Real las noches que no eran de turno brillante. Su conmiseración tampoco se olvidaba de ellas al extender las invitaciones para comidas de fiesta onomástica, té de la tarde, etc. «No hay que olvidar a las de Torrealta, ¡pobrecitas!...» Y al día siguiente los cronistas de salones inscribían en la lista de los asistentes a la fiesta a «la bella señorita de Torrealta y su distinguida madre, la viuda del ilustre diplomático de imperecedero recuerdo»; y doña Emilia, creyéndose en los mejores tiempos, entraba en todas partes con su eterno traje negro, acosando con su tuteo y sus confianzas a las grandes señoras, cuyas doncellas eran más ricas y comían mejor que ella y su hija. Si algún señor viejo se refugiaba a su lado, la diplomática intentaba anonadarlo con la majestad de sus recuerdos. «Cuando estábamos de embajadores en Estocolmo...» «Cuando mi amiga Eugenia era emperatriz...»

Renovales no se dio cuenta de cómo se inició su amistad con Josefina. Tal vez fue el contraste entre él y aquella mujercita que apenas le llegaba al hombro y parecía tener quince años cuando había cumplido los veinte.

Al verles en dulce intimidad, no se sabe quién, tal vez alguna amiga de Josefina, por burlarse de ella, lanzó la noticia. El pintor y la de Torrealta eran novios. Entonces fue cuando los interesados se dieron cuenta de que se amaban, sin habérselo dicho.

La noble viuda de Torrealta, al conocer el noviazgo del pintor con su hija, tuvo un movimiento de indignación. «¡El hijo del herrero!» «¡El ilustre diplomático de imperecedera memoria!...» Pero como si esta protesta de su orgullo le abriese los ojos, pensó en los años que llevaba paseando su hija de salón en salón, sin que nadie se aproximase a ella.

Comenzó a importunar con sus consultas a los innumerables parientes. La niña no tenía padre y ellos debían hacer sus veces. Unos le contestaban con indiferencia: «¡El pintor!..., ¡pchs!, no está mal», dando a entender con su desvío que lo mismo les parecería si se casaba con un guarda de consumos. Otros la insultaban involuntariamente al dar su aprobación. «¿Renovales?, un artista de gran porvenir. ¡Qué más podéis desear! Debes agradecer que se haya fijado en tu hija.»

Los diarios hablaron mucho de la boda, repitiendo, con ligeras variantes, las mismas frases del marqués: «El arte uniéndose con la nobleza».

Renovales y su mujer llegaron a Roma.

Josefina, habituada a una existencia de ocultas privaciones, a la miseria de aquel tercer piso, en el que vivían como acampadas ella y su madre, guardando todas las ostentaciones para la calle, palmoteo con alegría infantil al ver el cuarto de dormir, admirando sus muebles venecianos, suntuosos, con maravillosas incrustaciones de nácar y ébano.

¡Ah! ¡La primera noche de su estancia en Roma! ¡Cómo la recordaba Mariano!... Josefina, tendida en su cama monumental de dogaresa, estremecíase con la voluptuosidad del descanso, estirando sus miembros antes de ocultarlos bajo las finas sábanas, mostrándose con el abandono de la hembra que ya no tiene secretos que guardar. Sus pies, menudos y carnosos, movían los dedos de carmín como si llamasen a Renovales.

Este, en pie junto al lecho, contemplábala grave, con las cejas fruncidas, dominado por un deseo que dudaba de formular.

No era un capricho amoroso, era un deseo de pintor, una exigencia de artista. Sus ojos sentían hambre de su belleza.

Ella resistíase, con el rostro coloreado de rubor, un tanto indignada por esta exigencia que la hería en sus preocupaciones más íntimas.

La cara de Josefina no era gran cosa: ¡pero el cuerpo...! ¡Si él, venciendo sus escrúpulos, pudiese pintarlo algún día!...

Renovales se arrodilló junto a la cama en un transporte de admiración, con toda la vehemencia de su entusiasmo, besando aquella carne sin que la suya se estremeciese.

—Te adoro, Josefina. Eres hermosa como Venus. Pareces... Sí; te veo igual. Eres la majita de Goya, con su gracia delicada, con su seductora pequeñez... ¡Eres la maja desnuda!

III

La vida de Renovales fue otra. Enamorado de su mujer, temiendo que esta notase alguna falta en su bienestar y pensando con cierta inquietud en aquella viuda de Torrealta, que podía quejarse de que la hija del «ilustre diplomático de imperecedero recuerdo» no era feliz, por haber descendido a unirse con el pintor, trabajaba tenazmente.

Él, que tanto había despreciado el arte *industrial*, la pintura por dinero, a que se entregaban sus camaradas, imitó a estos.

Ella sentíase dichosa en su vivienda, con carruaje de lujo todas las tardes. Nada faltaba a la esposa de Renovales.

Mientras Renovales estaba en el estudio, ella había paseado por el Pincio, saludando desde su landó a las innumerables embajadoras residentes en Roma.

El pintor veíase introducido por su mujer en un mundo protocolario de la más estirada elegancia. La sobrina del marqués de Tarfe, eterno ministro de Estado, era recibida por la alta sociedad romana, la más diplomática de Europa. No había fiesta en las dos embajadas de España a la que no concurriese «el ilustre pintor Renovales con su elegante esposa», y por irradiación, estas invitaciones habíanse extendido a las embajadas de otros países.

Algunas veces Josefina presentábase de improviso en el estudio de su marido, charlando con él mientras pintaba, alabando los lienzos que eran de asunto bonito. Prefería en estas visitas encontrarle solo, pintando de fantasía. Sentía cierta repugnancia por los modelos. Él tenía talento para pintar cosas hermosas sin apelar al auxilio de aquellos tíos ordinarios, y, sobre todo, de las mujeres.

Una tarde, Josefina, al entrar de pronto en el estudio, vio sobre la tarima del modelo una mujer desnuda, tendida en unas pieles, mostrando las redondeces de su torso, de un color

amarillento. La esposa apretó los labios y fingió no verla, oyendo con aire distraído a Renovales, que explicaba esta innovación. Estaba pintando una bacanal, y le era imposible pasar adelante sin modelo. Era una necesidad: la carne no podía hacerse *de memoria*.

Ella no dijo nada, y a la noche el pintor ya no se acordaba de la sorpresa en el estudio. Comenzaba a dormirse, cuando le alarmó un suspiro doloroso, prolongado, como si alguien se asfixiase junto a él.

Al dar luz vio a Josefina con los puños en los ojos, derramando lágrimas, agitado su pecho por estremecimientos de angustia, moviendo los pies con una rabieta de niña, que apetonaba las ropas de la cama echando abajo el rico edredón.

—¡No quiero! ¡No quiero! —gemía con acento de protesta.

—¿Pero qué tienes? ¿Qué es lo que no quieres?...

—¡Déjame! No te quiero... No me toques..., no lo consiento, no, señor; no lo consiento. Me iré..., me iré con mi madre.

El pintor sintió asombro y miedo por esta nerviosidad de su muñequita adorada: no se atrevía a tocarla por el temor a hacerla daño... ¡Apenas saliese el sol abandonaría aquella casa para siempre!; ella no consentía en un estudio, que era como su casa, que se mostrasen las mujerzuelas impudicamente a los ojos de su marido.

El pintor, fatigado por esta escena, enervado por los gritos y lloros de su esposa, no pudo resistir su risa al conocer el motivo del disgusto.

Y prometió cuanto quiso Josefina, para acabar pronto. Al caer de nuevo en la obscuridad, todavía suspiró ella; pero ahora lo hacía entre los fuertes brazos del marido, con la cabeza apoyada en su pecho, hablando con un ceceo de niña afligida que justifica su pasada rabieta.

Desde aquel día Renovales no pintó desnudos; pero todas las mañanas, cuando su mujer, fresca y sonrosada por una ablución general, mostrábase ante él casi desnuda, la contemplaba con ojos ávidos.

—¡Ay! ¡Si tú quisieras!... ¡Si no tuvieses esas manías!...

Y sus exclamaciones la hacían sonreír, halagada su vanidad femenil por esta adoración. Renovales se lamentaba de que su talento de artista tuviera que ir en busca de cosas bellas, cuando la obra suprema y definitiva estaba junto a él. La hablaba de Rubens, el maestro gran señor, que rodeaba a Elena Fourment de un lujo de princesa, y de esta, que no sentía reparo en despojar de velos su fresca belleza mitológica para servir de modelo al marido.

Una tarde de viento abrasador, que esparcía en un soplo la asfixia de la campiña romana, Josefina cedió. Ya que estaba loco y se había aferrado a aquel capricho. Podía pintarla, pero solo un estudio; nada de cuadro. Cuando se cansase de reproducir carne sobre el lienzo, rompería este..., y como si nada hubiese hecho.

El pintor dijo a todo que sí, deseando verse cuanto antes, pincel en mano, ante la codi-

ciada desnudez. Tres días trabajó con una fiebre loca, los ojos desmesuradamente abiertos, cual si pretendiera devorar con su retina aquellas formas armoniosas. Josefina, acostumbrada ya a su desnudez, permanecía tendida, olvidando su situación, con ese impudor femenino que solo siente vacilaciones al dar el primer paso.

Cuando la obra estuvo terminada, Josefina no pudo menos de admirarla. «¡Qué talento tienes! ¿Pero realmente ¿soy yo así..., tan bonita?» Mariano mostrábase satisfecho. Era su mejor obra, la definitiva. Deslumbrada por la belleza de su cuerpo, no se fijaba en la cara. Cuando sus ojos se posaron en ella, mostró cierta decepción.

—¡Se me parece muy poco! ¡No es mi cara!...

El artista sonreía. No era ella; había procurado desfigurar su rostro. Era una máscara, una concesión a las conveniencias sociales. Así nadie la reconocería, y su obra, su grande obra, podría salir a la luz, reclamando la admiración del mundo.

—Porque esto no vamos a romperlo —continuó Renovales con cierto temblor en la voz—. Sería un crimen. En mi vida volveré a hacer nada igual. No lo romperemos, ¿verdad, nena?

Josefina palidecía: dos lágrimas resbalaban suavemente junto a su naricita, dilatada por la opresión del pecho.

—¡ No quiero!... —gritaba iracunda—. ¡Rómpelo, Mariano, rómpelo!

Pero Mariano también parecía próximo a llorar. ¡Romperlo! ¿Quién podía exigirle tal disparate? Aquella figura no era ella; nadie la reconocería. ¿Por qué privarle de un triunfo estruendoso?...

¡Ella, una señorita, sometida a este envilecimiento, como si fuese una mujerzuela nocturna! ¡Si lo hubiese sabido!... ¡Cómo iba a figurarse que su esposo le propondría unas cosas tan abominables!...

Renovales, ofendido por estos insultos, por los latigazos que descargaba aquella voz aguda y silbante sobre su talento de artista, abandonaba a su mujer, la dejaba rodar por el suelo y con los puños cerrados iba de un extremo a otro de la habitación, mirando al techo, mascullando todos los juramentos, tanto españoles como italianos, que eran de uso corriente en su estudio.

De pronto quedó inmóvil, clavado en el suelo por el espanto y la sorpresa. Josefina, desnuda aún, había saltado sobre el cuadro con una agilidad de gata rabiosa. Del primer golpe de sus uñas rayó de arriba abajo el lienzo, mezclando los colores todavía tiernos, arrancando la cascarilla de las partes secas. Después cogió el cuchillete de la caja de colores y, ¡raaás!..., el lienzo exhaló un larguísimo quejido, se partió bajo el impulso de aquel brazo blanco, que parecía azulear con el espeluznamiento de la cólera.

Él no se movió. Tuvo un momento de indignación, quiso avanzar sobre ella, pero cayó en infantil anonadamiento, deseando llorar, refugiarse en un rincón, esconder su cabeza débil y quejumbrosa. Ella, ciega por la cólera, seguía ensañándose en el cuadro, enredando los pies en la madera del bastidor, arrancando tiras del lienzo, yendo de un lado a otro con

su presa como una bestia furiosa. El artista había apoyado la frente en la pared, agitado su pecho atlético por cobardes gemidos. Al dolor paternal por la obra perdida uníase la amargura de la decepción. Por primera vez adivinaba lo que iba a ser su existencia. ¡Que error el suyo el casarse con aquella señorita que admiraba su arte como una carrera, como un medio de ganar dinero!

Transcurrieron tres días sin que el pintor y su mujer se hablasen apenas. Pero la soledad en que vivían, la necesidad de permanecer juntos, les hizo buscarse. Ella fue la primera que habló, como si le infundiesen miedo la tristeza y el desaliento de aquel gigantón que iba por los rincones enfurruñado como un enfermo. Le envolvió en sus brazos, besó su frente, hizo mil gestos graciosos para arrancarle una débil sonrisa. ¿Quién le quería a él?... A vivir los dos queriéndose mucho, sin que él la diese disgustos con sus manías inconvenientes. Lo del desnudo era una afición vergonzosa de sus tiempos de bohemio.

Y Renovales, vencido por los mimos de su mujer, hizo las paces, se esforzó por olvidar su obra y sonrió con la resignación del esclavo que ama la cadena.

IV

El matrimonio volvió a Madrid con una hija, su pequeña Milita, a la que llamaban así familiarmente, abreviando el diminutivo de Emilia. Renovales llevaba por todo capital unos cuantos miles de liras, ahorros de Josefina y producto de la venta de una parte de los muebles.

Los principios fueron difíciles. A los pocos meses de su permanencia en Madrid murió doña Emilia. Su entierro no correspondió a las ilusiones que siempre se había forjado la ilustre viuda. Apenas si asistieron a él dos docenas de sus innumerables y famosos parientes.

Al verificarse la Exposición estalló el nombre de Renovales como un cañonazo, esparciendo sus ecos por las cumbres del entusiasmo y las sombrías oquedades de la opinión. No presentó un cuadro enorme y con *argumento*, como en su primer triunfo. Eran lienzos pequeños, estudios confiados al azar de un buen encuentro, pedazos de naturaleza, hombres y paisajes reproducidos con una verdad asombrosa y brutal que escandalizaba al público.

Los padres graves de la pintura retorciáanse, como si recibiesen una bofetada, ante estos lienzos que parecían llamear entre los otros cuadros, apagados y plomizos. Reconocían que Renovales era un pintor, pero sin imaginación, sin inventiva, sin otro mérito que el de trasladar al lienzo aquello que contemplaban sus ojos. Los jóvenes se agrupaban en torno del nuevo maestro; hubo disputas interminables, apasionadas discusiones, odios de muerte, aleteando sobre esta batalla el nombre de Renovales, fijo casi a diario en las columnas de los periódicos, hasta el punto de que le faltaba poco para ser tan célebre como un matador de toros o un orador del Congreso.

Seis años duró esta lucha, levantándose una tormenta de insultos y de aplausos cada vez que Renovales lanzaba al público una obra suya; y mientras tanto, el maestro, tan llevado y traído, vivía en la estrechez, teniendo que pintar a escondidas acuarelas del antiguo estilo para enviarlas con gran secreto a su mercader de Roma. Pero todos los combates tienen término. El público acabó por aceptar como indiscutible un nombre que a diario saltaba ante sus ojos.

El dinero, paje veleidoso, volvió a él, sosteniendo el manto de la gloria. Vendió cuadros a precios nunca conocidos en España, y las cifras se hincharon fabulosamente al ser repetidas por sus admiradores. Ciertos millonarios de América, con el asombro de que un pintor español fuese mencionado en el extranjero y reprodujesen sus obras las primeras revistas de Europa, compraron los lienzos de Renovales como objetos de gran lujo.

El maestro, amargado por las estrecheces de su período de lucha, sintió de pronto un ansia de dinero, una codicia dominadora que nunca le habían conocido sus amigos. Su mujer parecía cada vez más enferma; su hija crecía y él deseaba para su Milita la educación y el lujo de una princesa.

Las habitaciones modernas, pequeñas y de sobrio decorado, no permiten los grandes lienzos de los salones de otras épocas, cuyos muros desnudos había que adornar. Solo quedaba el retrato para ganar dinero, y Renovales olvidó sus glorias de innovador para conquistar por todos los medios un renombre de retratista entre la gente elevada. Pintó a los individuos de sangre regia en toda suerte de actitudes. Trasladó al lienzo las más linajudas bellezas, modificando insensiblemente, con hábil malicia, las ajaduras del tiempo; endureciendo con el pincel las flácidas carnes; sosteniendo la pesadez de los párpados y mejillas. Después de éxitos cortesanos, los ricos consideraron un retrato de Renovales como imprescindible adorno de su salón.

Renovales fue rico. Entonces construyó lo que los envidiosos llamaban su *panteón*: un hotel soberbio tras las verjas del Retiro.

En este templo blanco, sobre cuyo frontón flameaba su nombre con oro de gloria, era menos feliz que en las modestas viviendas de Italia. De aquella Josefina de sus primeros tiempos de matrimonio solo quedaba una lejana sombra. La maja desnuda de las dulces noches de Roma no era más que un recuerdo. Al volver a España se había evaporado la falsa robustez de la maternidad. Su enfermedad tenía un origen moral: era neurastenia, honda tristeza.

Se quejaba de extraños dolores; sus piernas perdían toda fuerza; se desplomaba sobre una silla, permaneciendo inmóvil horas y más horas, llorando sin saber por qué. Digería mal; durante semanas enteras repelía su estómago todo alimento. Por las noches agitábase en la cama sin poder dormir y apenas apuntaba el día ya estaba en pie, corriendo la casa con una actividad de duende.

Cuando el artista fue rico e instaló su familia en el nuevo hotel, creyó que Josefina iba a resucitar.

Todo era suyo, el hotel y sus lujosas decoraciones; de ella también el dinero que aún le

quedaba y el que seguiría ganando. Ella era la señora, la dueña absoluta; podía gastar cuanto quisiera; allí estaba él para hacer frente a todo. ¿Estaba contenta?

Ella decía que sí, moviendo la cabeza débilmente, y hasta se empinó sobre las puntas de los pies para besar agradecida aquella boca que parecía arrullarla a través de las nubes de pelos; pero su gesto era triste, y sus desmayados movimientos de flor marchita, como si no existiese alegría mundanal que pudiera sacarla de este desaliento.

A los pocos días, pasada la primera impresión del cambio de vida, volvieron a repetirse en el lujoso hotel las mismas crisis que tantas veces habían conmovido anteriores viviendas.

Renovales la encontraba en el comedor con la cabeza entre las manos, llorando, sin querer explicarle la causa de sus lágrimas.

—¡Déjame! —gritaba, fijando en él unos ojos hostiles—. No me toques... Vete.

Otras veces la buscaba por la casa, preguntando en vano a Milita.

—No sé, papaíto; debe estar llorando arriba —contestaba con naturalidad.

Y en algún rincón del piso alto, en el dormitorio, junto a la cama, o entre las ropas del cuarto de vestir, la encontraba el marido sentada en el suelo, la mandíbula apoyada en las manos, los ojos fijos en la pared, como si contemplase algo invisible y misterioso que solo ella podía ver.

Milita iba creciendo; ya era una mujer. Tenía catorce años y vestía de largo, atrayendo las miradas de los hombres con su belleza sana y fuerte.

—Cualquier día se nos la llevan —decía, riendo, el maestro.

Y su mujer, al oírle hablar de matrimonio, haciendo conjeturas sobre su futuro yerno, cerraba los ojos para decir con voz reconcentrada, reveladora de invencible tenacidad:

—Se casará con quien quiera..., menos con un pintor. Antes prefiero verla muerta.

Renovales adivinó entonces la verdadera enfermedad de su mujer. Eran celos, unos celos inmensos, mortales, anonadadores; era la tristeza de verse enferma. Estaba segura de su esposo; conocía sus afirmaciones de fidelidad conyugal.

Pero el pintor, al hablar de sus entusiasmos artísticos en presencia de ella, no ocultaba su adoración a la belleza, su culto religioso a la forma. Aunque callase, ella penetraba en su pensamiento; leía en él este fervor, que databa de la juventud y había ido aumentándose con los años.

La atormentaban incesantemente los celos, amargando su pensamiento, devorando su vida; unos celos inconsolables, por lo mismo que no encontraban nada real en que apoyarse.

Las ingenuas caricias de su esposo la irritaban como un insulto. ¡Ay, cómo se acordaba de aquellos días en que defendía del marido su cuerpo primaveral que intentaba pintar! Si ahora volviesen a ella la juventud y la belleza, arrojaría impudicamente todas las envoltu-

ras, se plantaría en medio del estudio con la arrogancia de una bacante, gritando:

—Pinta, hártate de mi carne, y siempre que pienses en tu eterna querida, en esa que llamas la Belleza, procura verla con mi misma cara, que tenga mi mismo cuerpo.

Renovales, al adivinar esta tristeza, emprendió con ternura la curación moral de su mujer. Evitó hablar en presencia de ella de sus adoraciones artísticas; encontró terribles defectos a las damas hermosas que le buscaban como retratista; ensalzaba la belleza espiritual de Josefina; la pintaba, trasladando al lienzo sus mismas facciones, pero hermoseedas ahora con sutil habilidad.

Ella sonreía, con esa eterna condescendencia que tiene la mujer para las más estupendas y escandalosas mentiras, siempre que la halaguen.

—Eres tú —decía Renovales—: tu misma cara, tu gracia, tu distinción.

La vida del maestro Renovales era un infierno cuando poseía ya la gloria y la riqueza, con las que había soñado tantos años, cifrando en ellas su felicidad.

V

La condesa de Alberca entró con gran estrépito de blondas y sedas, acompañada de su menudo paso por el frufú de las ropas interiores, esparciendo un perfume de variadas esencias.

—Buenas tardes, *mon cher maître*.

Mirándole con sus impertinentes de concha, oro, adquiriría el ámbar gris de sus ojos una fijeza insolente, con algo de caricia y burla al mismo tiempo.

Debía perdonarle su tardanza, pero era la mujer más ocupada de Madrid. ¡Las cosas que había hecho después del almuerzo!... Firma y examen de papeles con la secretaria de la Liga Feminista; conferencia con el carpintero encargado de levantar las tribunas para el gran festival a beneficio de las obreras abandonadas; visita al presidente del Consejo de ministros.

—Hemos perdido la tarde, ¿verdad, *maître*? Además, no he traído la doncella.

Renovales, después de mirar furtivamente a la entrada del estudio, tomó un aire de arrogancia, de galantería, como en los tiempos de su juventud.

—Por eso que no quede, Concha. Yo le serviré de doncella.

—¡Ay, qué gracia! ¡Y qué atrevido se nos hace el maestro!... Usted no entiende de esas cosas, Renovales. Usted sólo sabe pintar: no tiene práctica...

Y en su acento, finamente irónico, había algo de compasión para el artista, alejado de las cosas mundanales y cuya virtud conyugal todos conocían.

Concha se quitó el sombrero, y comenzó a retocarse el peinado.

Aquel rubio luminoso y audaz debía ser teñido. El pintor estaba seguro de ello, pero no por esto le parecía menos hermoso.

La condesa se sentó en un sillón a corta distancia del caballete. Sentíase fatigada, y ya que solo había de pintar su rostro, no tendría la crueldad de hacerla permanecer de pie, como en los días de gran sesión.

El maestro, por su parte, tampoco sentía deseos de trabajar; le perturbaba una cólera sorda; estaba irritado por el acento irónico de la condesa, la cual veía en él un hombre aparte, un ser raro, incapaz de hacer lo que aquellos señoritos imbéciles que formaban su corte, y muchos de los cuales, según la pública murmuración, eran sus amantes.

De todas las señoras que llevaba retratadas, ninguna había turbado como esta su calma de artista. Sentíase atraído por su gracia loca, por su ligereza casi infantil, y al mismo tiempo le inspiraba odio por el tono compasivo con que le trataba.

Renovales le devolvía este desprecio insultándola en su pensamiento. Era cualquier cosa la tal condesa de Alberca. Con razón hablaban de ella.

Pero bastaba que Concha le hablase con dulce abandono, comunicándole las tristezas que decía sentir y permitiéndose ciertas confianzas, como si la uniese a él una amistad antigua, para que al instante el maestro cambiase de pensamientos. Era una mujer superior, ideal, condenada a vivir en el vano ambiente aristocrático. Todas las murmuraciones sobre ella eran calumnias, mentiras de envidiosos. Debía ser la compañera de un hombre superior, de un artista.

Renovales conocía su historia. Era hija única de un gran señor, jurisconsulto solemne y moderado rabioso, ministro en los Gabinetes más retrógrados del reinado de Isabel II, y había cambiado su apellido por el de condesa de Alberca, casándose con un señor que podía ser su padre.

Era un antiguo cortesano, que cumplía con gran escrupulosidad las obligaciones del grande de España, celoso de su servidumbre cerca de los reyes, Su ambición era llegar a poseer todas las condecoraciones de Europa, y apenas le agraciaban con alguna, se hacía retratar cubierto de bandas y cruces, vistiendo uniforme de una de las tradicionales órdenes militares. Su esposa reía al verle pequeño, calvo y solemne, con altas botas, sable rastrero y pecho cubierto de baratijas, apoyando en su corto muslo un casco de blancos plumajes.

En palacio la habían puesto en entredicho por esta fama. El marido figuraba en las solemnidades regias, pues no todos los días se presentaba ocasión de lucir su cargamento de honorable bisutería; pero ella se quedaba en casa abominando de estas ceremonias. Renovales le había oído afirmar muchas veces que ella se reía de su mundo,... ¡que era anarquista! Y oyéndola reía, como reían todos los hombres de lo que llamaban *las cosas* de la de Alberca.

Renovales comenzó el retrato de la condesa. Se prolongaba la obra por culpa de aquella

aturdida, que siempre llegaba tarde con pretexto de sus ocupaciones. Muchos días el artista no daba una sola pincelada: pasaban las horas charlando.

En mitad de una de estas confidencias deteníase para decir con gesto pudoroso y entonación irónica.

—¡Pero estaré escandalizando a usted, Mariano!... ¡Usted, que es un buen marido, un padre de familia, un varón virtuoso!...

Renovales sentía entonces tentaciones de ahogarla. Se burlaba de él; lo consideraba un hombre distinto de los demás, una especie de fraile de la pintura.

—Pues de usted también hablan, Concha. También dicen... cosas poco gratas para el conde.

Esperaba un estallido de indignación, una protesta, y lo que resonó en el silencio del estudio fue una risa alegre, desenfadada, que se prolongó largo rato. Después se mostró melancólica, con esa tristeza dulce de las mujeres «no comprendidas». Era muy desgraciada, Mariano. A él se lo podía revelar todo porque era un buen amigo. Se había casado siendo una niña: una terrible equivocación.

—Tenemos derecho a un poco de amor; y si no es amor, a un poco de alegría. ¿No lo cree usted, Mariano?

Y arrastrada por ese deseo de ser compadecidas que sienten las mujeres de fama problemática, habló una vez más de su triste situación. Al conde ya le conocía Renovales. La rodeaba de atenciones, velaba por su bienestar, pero no era nada para ella. Faltábale lo más importante: el corazón..., el amor.

—En esta situación —decía con voz lenta y la mirada perdida—, no es extraño que una mujer busque la felicidad donde la encuentre.

¡Ay! Ella hubiese sido dichosa uniéndose a un hombre superior. Ser la compañera de un gran artista, de un sabio, habría hecho su felicidad. Los hombres que la rodeaban en los salones eran más jóvenes, más fuertes que el pobre conde, pero mentalmente aún valían menos que él.

Renovales sentose cerca de la condesa, sumiéndose en aquella atmósfera de perfumes que la rodeaba como un nimbo de acre voluptuosidad.

Él también era desgraciado. Faltaba algo en su vida; se hallaba solo en el mundo. Y como viese en el rostro de Concha un gesto de asombro, se golpeó el pecho enérgicamente.

Sí, solo. Adivinaba lo que ella iba a decirle. Tenía a su mujer, tenía a su hija... De Milita no quería hablar: la adoraba; era su alegría. Pero él aún era joven para contentarse con estas alegrías del amor paternal. Deseaba algo más, y no podía encontrarlo en la compañera de su vida, siempre enferma, con los nervios en perpetua crisis.

Hablaba con vehemencia, fijos sus ojos en los de Concha, que brillaban al recibir de frente la luz del ventanal.

—Mariano, aléjese usted —dijo con voz lenta, como si le costase un gran esfuerzo—. Esto es muy bonito..., parece que me encuentro en un baño..., un gran baño que me penetra hasta el alma. Pero esto no está bien. Encienda usted, maestro. ¡Luz, luz! Esto no es correcto.

Mariano no la escuchaba. Se había inclinado sobre ella, cogiéndola una mano, fría, insensible, como si no se diese cuenta de la presión de la suya. Después, en un arranque súbito, la besó, y faltó poco para que la mordiese.

—Es una niñería, Mariano. Es un abuso.

Pero enseguida rio, con su risa cruel, como si sintiera lástima ante la confusión que mostraba Renovales viendo su enfado.

—Queda usted absuelto, maestro. Un beso en la mano no significa nada. Es un gesto protocolario... Son muchos los que me la besan.

Y esta indiferencia fue un amargo castigo para el artista.

La condesa siguió buscando en la oscuridad, repitiendo con vocecilla irritada:

—¡Luz, haga usted luz! ¿Pero dónde está la llave?

Se hizo la luz sin que Mariano se moviese, sin que ella encontrase el tan buscado resorte.

Los dos parpadearon, cegados por el repentino resplandor.

—Buenas noches —dijo del lado de la puerta, una voz melosa.

—¡Josefina!...

La condesa corrió hacia ella, abrazándola con gran efusión.

—¡Que a oscuras estabais! —prosiguió Josefina con una sonrisa.

La condesa mostró prisa por irse. Recordaba de pronto un sinnúmero de cosas que debía hacer, enumeraba las personas que la aguardaban en su casa. Josefina la ayudó a colocarse el sombrero y el velo, y todavía, a través de este, le dio la condesa varios besos de despedida.

VI

Renovales acabó de leer en la cama los periódicos de la noche.

—¿No duermes? —preguntó el pintor a su esposa.

—No.

Y tras este monosílabo duro, dio una vuelta en la cama, volviéndole la espalda.

¡Pobrecilla!... El bueno de Renovales sentíase atenazado por un doloroso remordimiento.

Intentó cogerla en sus brazos, oprimirla dulcemente, como si su calor pudiese devolverle la calma.

—Déja...me —rugió ella con voz entrecortada—. Suelta..., te aborrezco...

Renovales murmuró palabras cariñosas para tranquilizar a su esposa.

Este interrumpía sus gemidos, pugnando por introducir cada sílaba a través del estertor. Hablaba con la cabeza oculta entre los brazos. El pintor se detuvo a oírla, asombrado de las palabras soeces que se deslizaban de los labios de su Josefina.

—¡La tía... «tal»! (Y aquí soltaba la palabra clásica, con naturalidad, como si toda su vida hubiese hablado así.) ¡La sinvergüenza! La...

—¿Pero de quién hablas? ¿Qué persona es esa?

—¿De quién ha de ser? De la de Alberca... ¡De ese grandísimo plumero!

—Josefina, te juro por lo que más amo en el mundo que no es cierto lo que supones. Nada tengo que ver con Concha. ¡Por nuestra hija te lo juro!

La mujercita se irritó aún más.

—No jures, no mientas..., no nombres a mi hija. ¡Embustero! ¡Hipócrita!

¿La creía una tonta? Estaba enterada de cuanto ocurría en torno de ella. Él era un libertino, un mal esposo: lo había conocido a los pocos meses de matrimonio; un bohemio, sin otra educación que las perversas tertulias de los de su clase.

—Soy inocente. Te lo juro. No hay nada de lo que supones.

Y pasando al otro lado de la cama, intentaba coger de nuevo entre sus brazos a Josefina, creyendo calmarla, ahora que parecía menos furiosa.

Trabajo inútil. El frágil cuerpo escurríase entre sus manos.

—Déjame; no me toques. Me das asco.

Y en el temblor de su voz irritada revelábase la ira, la amarga decepción de presenciar a todas horas este culto de la belleza, este elogio continuo a la hermosura, sin fijarse en que ella estaba presente, envejecida antes de tiempo.

Renovales no podía contener su cólera, aquella mujer era su enemigo: había torcido y desorientado su vida de artista y entristecía su vida de hombre. Creíase ahora capaz de haber producido las obras más asombrosas, de no conocer a aquella mujercita que gravitaba sobre él con aplastante pesadumbre.

Entonces surgió en las negruras de su cerebro, como una chispa azul, de lúgubre fulgor, un pensamiento, un deseo, que hizo correr por su cuerpo el escalofrío de la estupefacción y

la sorpresa:

—¡Si se muriese!...

De pronto creyó despertar, salir de un mal sueño, arrancarse con honda emoción de una pesadilla aterradora. ¡Pobre Josefina!...

Pero en vano pugnó el artista por el deseo atroz, monstruoso, que se resistía, negándose a retroceder, a ocultarse, a morir en las tortuosidades cerebrales de donde había surgido. En vano se arrepentía de esta perversidad y se avergonzaba de su idea feroz, queriendo aplastarla para siempre.

SEGUNDA PARTE

I

Al principio de la primavera, cuando Madrid creía sinceramente haber entrado en la buena estación y los impacientes sacaban a luz sus sombreros veraniegos, volvía inesperadamente el invierno con un retroceso traidor, entenebreciendo el cielo, cubriendo con una sábana de nieve la tierra.

La chimenea volvió a encenderse en el salón de la de Alberca, buscando su calor todos los señores que formaban su tertulia los días en que la *ilustre condesa se quedaba en casa*, no teniendo reunión que presidir ni visita que hacer.

Renovales, al llegar una tarde, habló con entusiasmo del aspecto que ofrecía la Moncloa, cubierta de nieve.

La condesa mostró una curiosidad infantil. Quería ver aquello.

¡Lástima que el maestro Renovales trabajase a esa hora y no pudiera acompañarla! ¡Él, que sabía ver el paisaje tan admirablemente, con sus ojos de artista... El pintor sonrió galantemente. Procuraría estar al día siguiente en la Moncloa; ya se encontrarían.

La condesa pareció alarmada de pronto por esta promesa, y lanzó una mirada al doctor Monteverde. Pero sufrió una decepción, en el deseo de verse tachada de ligera e infiel, al notar que aquel permanecía indiferente.

¡Dichoso doctor! ¡Y cómo le odiaba el maestro Renovales! Era un jovenzuelo hermoso y frágil como una figulina de porcelana; un conjunto de bellezas extremadas, hasta el punto de dar a su rostro una exageración caricaturesca.

Era doctor en Ciencias y esperaba que se declarase vacante una cátedra de Madrid para hacer oposiciones a ella. La condesa de Alberca le tenía bajo su alta protección, hablando con entusiasmo de Monteverde a todos los señores graves que ejercían influencia en la vida universitaria. Prorrumpía en los más desafortunados elogios del doctor en presencia de Renovales.

—Para dentadura bonita la de Monteverde —decía mirándolo en plena tertulia al través de sus impertinentes.

Otras veces, siguiendo el curso de sus ideas, interrumpía la conversación, sin fijarse en la incoherencia de sus palabras.

—¿Pero han reparado ustedes en las manos del doctor? ¡Más finas que las mías! Parecen manos de dama.

El pintor se indignaba ante estas demostraciones de Concha, que muchas veces eran en presencia de su marido.

El doctor sonreía, halagado por este ambiente de adoración de que le rodeaba la condesa.

Había escrito un libro sobre el origen natural de los organismos animales, del que hablaba con entusiasmo la hermosa señora. El pintor contemplaba con asombro y envidia el cambio de sus gustos. Nada de música, ni de versos, ni de artes plásticas; miraba las artes como lindos e insignificantes juguetes que solo podían divertir la infancia de la humanidad. Los tiempos cambiaban; había que ser serios. Ciencia, mucha ciencia; ella era la protectora, la buena amiga, la consejera de un sabio.

Sus tertulianos, casi todos señores viejos, atraídos por la hermosura de la condesa y enamorados de ella sin esperanza, sonreían oyéndola hablar de la ciencia con tanta gravedad. ¡Cuántas cosas sabía aquella mujer! Muchas las ignoraban ellos. Los otros señores, médicos de fama, catedráticos, gentes de estudio, que hacía tiempo no estudiaban, aprobaban también con cierta complacencia. Y ella, llevándose los lentes a los ojos de cuando en cuando para paladear la belleza de su doctor, hablaba con una lentitud pedantesca del protoplasma, de la reproducción de las células, de los fagocitos, de los monos catirinos, antropoides y pitecoides, de los mamíferos *discoplacentarios* y del *Pithecanthropus*, tratando los misterios de la vida con amistosa confianza.

Renovales indignábase contra sí mismo.

—Ya no vuelvo más —se decía con rabia al verse en su estudio—. ¡Bonito papel haces, Mariano! ¡Valiente punto la tal condesa!

Pero al día siguiente volvía, pensando con cierta esperanza en la pretenciosa superioridad de Monteverde, en el aire desdeñoso con que recibía las adoraciones de su amante.

A impulsos de su carácter tenaz, Renovales tomó a empeño el vencer esta resistencia.

Concha le alejaba y le atraía al mismo tiempo. Era indudable que el amor del maestro halagaba su vanidad. Reíase de sus declaraciones apasionadas tomándolas a broma, contestándolas siempre en el mismo tono. «¡Formalidad, maestro! Eso no le está bien a usted. Usted es un grande hombre: un genio. Deje ese aire de estudiante enamorado para los muchachos.» Pero cuando él, enfurruñado por la fina burla, se juraba mentalmente no volver, ella parecía adivinarlo y se mostraba cariñosa.

Y así vivía el maestro, fluctuando entre la esperanza y la desesperación, tan pronto acogido como rechazado.

La vaga esperanza de encontrar a la condesa en la Moncloa, de pasear con ella una tarde, libre de aquel círculo de señores insufribles que la rodeaban con su babosa adoración, le tuvo inquieto toda la noche y la mañana siguiente, como si realmente le aguardase una cita de amor.

Al encontrarse en mitad de la plazoleta, ella le tendió su manecita tibia por el encierro

del manguito, y los dos se dirigieron hacia el mirador.

—Vengo furiosa... Un disgusto de muerte. No pensaba venir; no me acordaba de usted; palabra. Pero al salir de casa del presidente, pensé en el maestro. Tenía la seguridad de encontrarle aquí, y he venido para que se me quite el mal humor.

Al través del velo vio Renovales sus ojos, que brillaban con cierta hostilidad; su linda boca, contraída en las comisuras por un pliegue rabioso.

Había ido a ver al presidente para recomendarle *su asunto*; un deseo del conde, de cuya realización pendía su felicidad. El pobre Paco (era su marido) soñaba con el Toisón de Oro. Solo esto le faltaba para coronar la torre de cruces, llaves y bandas que iba elevando en torno de su persona, desde la barriga al cuello. ¡El Toisón de Oro, y luego morir!... ¿Por qué no habían de dar gusto a Paco, un hombre tan bueno, incapaz de hacer daño a una mosca?

—Ya no hay amigos, Mariano —decía la condesa con amargura—. Ese presidente es un tonto, que olvida a sus antiguas amistades al verse jefe del Gobierno. ¡Yo, que le he conocido suspirando cerca de mí como un tenor de zarzuela, haciéndome el amor (sí, a usted se lo digo) y queriendo matarse al ver que le despreciaba por cursi y por tonto!... Esta tarde, lo de siempre: mucho cogirme la mano, mucho de poner los ojos en blanco, «querida Concha», «hermosa Concha» y otras frases de merengue, lo mismo que cuando canta en el Congreso como un canario viejo. Total, que no puede ser lo del Toisón; que él lo siente mucho, pero en Palacio no quieren.

Lentamente comenzaron su paseo, descendiendo a los viejos jardines escalonados detrás del palacio.

El silencio era profundo. Susurraba el agua del deshielo al caer de los troncos, formando arroyuelos que serpenteaban cuesta abajo, casi invisibles bajo la hierba. En algunas umbrías aún quedaban como vedijas de blanca lana, montones de nieve.

El pintor elogiaba con entusiasmo estos lugares. Era el único rincón para artistas que podía hallarse en Madrid.

—Me fastidia el campo, maestro. Me pone triste. La naturaleza, si la dejan sola y entregada a sí misma, es muy ordinaria.

Al continuar su camino por otro sendero, Renovales conservó agarrada aquella manecita suave, percibiendo su dulce calor a través del guante.

—¿Siempre igual? —preguntó con voz débil—. ¿No hay un poco de caridad?

La condesa prorrumpió en una carcajada sonora.

—Pero, maestro, ¿es que no puede hablarse con usted de otra cosa?

Renovales protestó. Podía decir esto a cualquier otro; a él no, pues estaba enamorado.

—Sí; conozco la canción: es inútil que la repita; me la sé de memoria. Maestro, ¡por

Dios!, no se ponga usted cursi.

Pero el maestro permanecía hosco, mirando al suelo, enredando con cierta furia los dedos de su diestra en la maraña de sus barbas.

—Todo eso son excusas, Concha —dijo rudamente—. La verdad es que usted está enamorada; que la tiene loca ese trasto de Monteverde.

—Pues bien, sí, Mariano. Nos queremos; yo creo amarle como no he amado a ningún hombre. A nadie se lo he dicho; usted es el primero que lo oye de mí, porque con usted no sé lo que me pasa, que se lo digo todo.

Calló un momento.

—Él también me quiere, lo reconozco. Soy para él la consejera, la inspiradora; dice que conmigo se siente con nuevas fuerzas para el trabajo; que será un gran hombre gracias a mí. Pero yo lo quiero más, mucho más; hay una desigualdad en nuestro cariño casi tan grande como en nuestras edades.

—¿Y por qué no me ama usted a mí? Yo la adoro.

—¡Maestro, no sea usted niño! Esas cosas no se preguntan; en el amor no se manda. No le quiero como usted desea porque no puede ser. Conténtese con ser el primero de mis amigos.

—Pues no lo seremos —exclamó Renovales—. Me alejaré para siempre de su casa; no la veré a usted más; haré lo imposible por olvidarla.

—No se irá usted —dijo Concha dulcemente—. Se quedará a mi lado, como siempre, y yo tendré en usted el mejor de los amigos...

Y al decir esto ponía en el brazo del pintor una de sus manecitas, se apoyaba con cierto abandono.

—Seremos amigos, Mariano; amigos nada más. Usted se acostumbrará, encontrando dulce nuestro afecto... No sea usted *material*.

Y siguió hablándole desde lo alto de su conmiseración, hasta que se separaron cerca del sitio donde la esperaba el coche.

Al alejarse Concha, anduvo Renovales en la penumbra del crepúsculo, hasta salir de la Moncloa, gesticulando y cerrando los puños.

Siempre sería vencido por aquella hembra que le miraba fríamente, que era incapaz de perder su calma. El desaliento le hizo pensar en su casa, en la enferma, en los deberes que le ligaban a ella.

Estaba decidido. Huiría de aquella mujer. No la vería más.

II

Y no la vio; no la vio en dos días. Pero al tercero llegó a sus manos una cartita azul, saturada de un fuerte perfume que tenía la virtud de estremecerle.

La condesa se quejaba de su ausencia con cariñosos lamentos. Necesitaba verle, tenía que decirle muchas cosas.

Renovales volvió a casa de la condesa, como siempre.

Aquella mujer le tenía como embrujado: llamábale para nada; parecía gozarse con hacerle sufrir; le necesitaba como un juguete. Con un cinismo tranquilo hablaba de Monteverde y de sus amores, lo mismo que si el doctor fuese su esposo. Necesitaba confiar a alguien los incidentes de su vida oculta.

—A usted se lo digo todo, Mariano. No sé lo que me ocurre con usted. Le quiero como a un hermano.

Al verse solo Renovales abominaba de la franqueza de Concha.

—No vuelvo más. Es una vergüenza... ¡Bonito papel estás haciendo, maestro!

Pero apenas se mantenía ausente dos días, presentábase Mary, la doncella francesa de la de Alberca, con la cartita perfumada, o llegaba esta por el correo interior, destacándose, subversiva, escandalosa, entre los otros sobres.

—¡Esa mujer —exclamaba Renovales apresurándose a ocultar el llamativo billete—. El mejor día va a fijarse Josefina en estas cartitas.

Las cartas siempre eran iguales. Interminables lamentaciones por sus cortas ausencias. «*Cher maître*, no he podido dormir esta noche pensando en usted...», y acababa firmando «su admiradora y buena amiga, *Coquillerosse*», un nombre de guerra que había adoptado para su correspondencia con el artista.

Y el maestro, abandonando sus trabajos, corría a primera hora a casa de la condesa, recibéndole esta en la cama, en su dormitorio cargado de perfumes, donde no había entrado en muchos años el hombre de las condecoraciones.

Concha, agitándose entre las bordadas sábanas, recogándose los dorados mechones que se escapaban de las blondas de su gorra, hablaba y hablaba con la incoherencia de un canto de pájaro. Se le habían ocurrido grandes ideas: había pensado durante el sueño una teoría científica completamente original, que haría las delicias de Monteverde.

Otras veces le hablaba del discurso que estaba preparando para cierto festival de la Asociación Feminista, la obra magna de su presidencia; y sacando de entre las sábanas sus brazos ebúrneos con una tranquilidad que trastornaba a Renovales, cogía de la vecina mesa unos pliegos garrapateados con lápiz.

Y se dejaba besar la mano, sonriendo con cierta lástima. Pero al sentir el cálido contacto

de su boca y el cosquilleo de su barba en la blanca carnosidad del brazo, se agitaba, defendiéndose entre risas y estremecimientos.

—Déjeme usted, Mariano. ¡Que grito! ¡Que llamo a Mary! Ya no le recibo más en mi dormitorio. Es usted indigno de confianza...

La condesa tendió su mano a Renovales con afectuosa tranquilidad, como si la entrada de la doncella interrumpiese su despedida. Lamentaba que se marchase tan pronto: a la noche le vería en el Real.

Algunas veces Renovales la encontraba excitada, nerviosa, hablando con voz ronca, moviendo los finos dedos como si quisiera arañar al aire.

—Sáqueme usted de aquí, Marianito; me aburro, me muero. Esta vida es para matarse. ¡Mi marido!... ese no se cuenta. ¡Mis amigas!... unas necias que me despellejan apenas las dejo. ¡El doctor!... un insustancial, una veleta loca. Todos esos señores de mi tertulia, unos imbéciles. ¡Maestro, téngame lástima! Lléveme lejos de aquí. Usted debe conocer otro mundo.

¡Ay, si ella no estuviera tan vista y al maestro no le conociese todo Madrid! En su nerviosa excitación formulaba los más locos proyectos. Deseaba salir de noche del brazo de Renovales, ella con mantón y pañuelo a la cabeza, él con capa y sombrero gacho. Sería su chulo; ella imitaría el garbo y el taconeo de las mujeres de la calle, y marcharían juntitos, como dos palomos de la noche, a los sitios más malos, y beberían; armarían camorra; él la defendería como un valiente e irían a pasar la noche en la prevención.

El pintor mostrábase escandalizado. ¡Qué locura! Pero ella insistía en sus deseos.

—Ríase usted, maestro; abra esa boca..., feísimo. ¿Qué tiene de particular lo que digo? Usted, con todos sus pelos y chambergos de artista, es un burgués, un alma tranquila, incapaz de nada original para distraerse.

Entretanto Josefina decaía visiblemente. Una tarde se presentó en su estudio después del almuerzo, y el pintor, al verla, sintió cierta inquietud.

No quiso sentarse; se detuvo junto al caballete, hablando, sin mirar a su marido, con voz lenta y humilde. A Renovales le daba miedo esta sencillez.

—Mariano, vengo a hablarte de la niña.

Quería casarla. Algún día había de ser. Ella moriría pronto, y deseaba salir del mundo con la tranquilidad de ver a su hija bien colocada.

Renovales creyó del caso protestar ruidosamente. ¡Morirse! ¿Y por qué había de morir? ¡Ahora que estaba mejor que nunca! Lo único que le faltaba era atender las indicaciones de los médicos.

—Moriré pronto —repitió fríamente—. Moriré, y tú quedarás tranquilo.

El pintor quiso protestar con mayores aspavientos de indignación, pero sus ojos se en-

contraron con la mirada fría de su mujer.

—Está bien; continúa. Milita se casa, ¿y con quién?

—No quiero pintores para mi hija. Bastante hay con lo de su madre.

Milita se casaría con López de Sosa, un muchacho rico y noble.

—¿Pero ella le quiere?

—Sí le quiere; está conforme y desea casarse. Además, es hija tuya; lo mismo aceptaría al otro. Lo que ella desea es libertad, verse lejos de su madre.

Y como si al hablar de su hija no pudiera mantener la frialdad, se llevó una mano a los ojos, recogiendo las silenciosas lágrimas.

Renovales apeló a la brusquedad para salir del paso.

Ella mandaba; nadie la ponía obstáculos. ¡Que se celebrara la boda cuanto antes! Él era un cero y no había por qué consultarle.

Le parecía bien López de Sosa. Y lo mismo cualquier otro.

III

A principios del verano se verificó la boda de la hija de Renovales con el elegante López de Sosa. Los periódicos publicaron columnas enteras hablando de este acontecimiento, por el cual, según la expresión de ciertos cronistas, «se unía la gloria y el esplendor del arte con el prestigio de la aristocracia y la fortuna».

El maestro Renovales hizo bien las cosas. No tenía más que una hija, y deseaba casarla con regio aparato; que España entera se enterase de este suceso, cayendo sobre Milita un rayo de la gloria conquistada por su padre.

La lista de los regalos fue grande. Todas las amistades del maestro, elegantes damas, próceres de la política, artistas famosos y hasta personas reales figuraron en ella. Había para llenar una tienda.

Quedaron solos Renovales y su mujer. La ausencia de la hija pareció agrandar su soledad, ensanchando la distancia entre ellos. Se miraban con extrañeza, huraños y tristes, sin una voz que, surgiendo entre su silencio, les sirviera de puente para cambiar algunas palabras.

Bien entrado el verano, el maestro indujo a su mujer a realizar el mismo viaje de otros años. Irían a una playa andaluza poco conocida: un pueblecillo de pescadores en el que el artista había pintado muchos de sus cuadros.

Hicieron el viaje, pero este no duró más de un mes. Apenas si el maestro pudo llenar dos lienzos. Josefina sintióse enferma. Al llegar a la playa, su vida sufrió una saludable reacción. Se mostraba más alegre; permanecía horas enteras sentada en la arena, tostándose al sol, con una impasibilidad de enferma hambrienta de calor, contemplando el mar con ojos inexpresivos, cerca de su marido, que pintaba rodeado de un semicírculo de gentes miserables. Parecía más alegre, sonreía algunas veces al maestro, como si lo perdonase todo y quisiera olvidar; pero de pronto había caído sobre ella una sombra de tristeza; su cuerpo se sintió paralizado otra vez por la debilidad. Cobró aversión a la playa alegre, a la dulce vida al aire libre, con esa repugnancia de ciertos enfermos a la luz y al ruido, que les hace ocultarse en las profundidades del lecho.

Regresaron a Madrid a fines de septiembre, y poco después se unieron a ellos los recién casados.

Josefina pareció animarse con la presencia de su hija. Esta llegaba muchas tardes, ostentando su lujo, que aún parecía más estrepitoso en aquel Madrid veraniego, abandonado por la gente elegante, y se llevaba a su madre, paseándola en automóvil por las inmediaciones de la capital.

La soledad aguzaba en Renovales el recuerdo de la de Alberca. Esta, por su parte, con gran abundancia epistolar, hacía presente todos los días en la memoria del pintor. Seguía la existencia de Concha minuto por minuto, como si la estuviese presenciando. Le hablaba de *Darwin*, ocultando bajo este nombre a Monteverde; se quejaba de su frialdad, de su indiferencia, de aquel aire de conmiseración con que acogía su apasionamiento. «¡Ay, maestro, soy muy desgraciada!» Otros días la carta era triunfal, optimista: la condesa mostrábase radiante y el pintor leía entre líneas su satisfacción, adivinaba su embriaguez tras aquellas entrevistas audaces, en la propia casa, desafiando la ceguera del marido. Y ella se lo contaba todo, con una confianza impúdica y desesperante.

De pronto, una tarde recibió unos renglones apresurados, nerviosos. Acababa de llegar aquella tarde en el expreso de Francia, con su doncella Mary. Estaba sola en casa.

Al ver al pintor púsose en pie con un movimiento de resorte, extendió los brazos y corrió a él, como si la persiguiesen.

—¡Mariano! ¡Mariano! ¡Se fue!... ¡Me abandona para siempre!...

Su voz era un alarido; se abrazaba a él, hundiendo su cabeza en uno de sus hombros, mojóndole la barba con las lágrimas que comenzaban a surgir de sus ojos, cayendo gota a gota.

Renovales, a impulsos de la sorpresa, la repelió dulcemente y la hizo volver al sillón.

—¿Pero quién se ha ido? ¿Quién es ese?... ¿*Darwin*?

Sí; él. Todo había acabado. La condesa apenas podía hablar; un hipo doloroso cortaba sus palabras. Había huido en plena dicha, cuando ella creía tenerle más seguro, cuando gozaban de una libertad que nunca habían conocido. El señor estaba cansado; la amaba aún –

según decía en una carta—, pero deseaba verse libre para continuar sus estudios. ¡Mentira, todo mentira! Ella adivinaba otras cosas. El miserable se había escapado con una *cocotte* tras la cual se le iban los ojos en la playa de Biarritz.

—¡Ay, Mariano! Yo creo que voy a morir. Esto no es amor: ya no le quiero; ¡le detesto! Es rabia, indignación, deseos de coger a ese mequetrefe..., ansias de ahogarle.

Al verse abandonada no había sentido más que un deseo: correr en busca del buen amigo, del consejero, del *hermano*: ir a Madrid para ver a Renovales y contárselo todo.

Este anhelo de ser protegida recrudecía en presencia del pintor. Volvía a ir a él con los brazos abiertos, colgándose de su cuello, gimiendo con un terror de histérica, como si se creyera rodeada de peligros.

—Maestro: solo le tengo a usted, ¡Mariano, usted es mi vida! ¿No me abandonará nunca? ¿Será siempre mi hermano?...

De pronto, se separó con repentino terror, huyendo del maestro, refugiándose en las sombras más densas, perseguida por unas manos ávidas.

— ¡No; eso, no! ¡Nos traerá desgracias! Amigos..., ¡amigos nada más, y por siempre!

Su voz, al decir esto, era sincera, pero débil, desfallecida; voz de víctima que se resiste e intenta defenderse sin fuerzas. El pintor, perdido en la sombra, sintió la bestial satisfacción del guerrero primitivo, que tras las largas hambres en el desierto, hartábase de las abundancias de la ciudad asaltada, entre rugidos salvajes.

Cuando despertó era de noche. La luz de los reverberos de la calle entraba por las ventanas con resplandor rojizo y lejano.

Ella fue la primera en recobrar la serenidad. Su silueta se elevó sobre el fondo luminoso de una ventana. Llamaba al pintor, que permanecía avergonzado en la sombra.

Las manos de ella separaron suavemente los mechones que ocultaban la frente del artista... Le contempló con arrobamiento. Después le besó dulcemente en la boca, con caricia interminable, susurrando leves palabras.

—Marianito, maestro del alma... Te amo, te admiro... Seré tu esclava... No me dejes nunca... Te buscaría de rodillas... Tú no sabes cómo voy a quererte... No te me escaparás: tú lo has querido..., pintor de mis entrañas..., feo adorable..., gigantón..., ídolo mío...

IV

Una tarde, en casa de la de Alberca, después de los audaces abandonos, con los que parecían desafiar la santa calma del prócer, vuelto ya del viaje, el pintor habló tímidamente de su mujer.

—Vendré menos; no lo extrañes. Josefina está muy enferma.

—¿Mucho? —preguntó Concha.

Y en la chispa que pasó por su mirada creyó ver Renovales algo conocido: un resplandor azul que había danzado ante él, en la oscuridad de sus noches, con brillo infernal, turbando su conciencia.

—No; tal vez no sea nada. Yo creo que no es de peligro.

Sentía la necesidad de mentir. Creía descargarse, con este engaño voluntario, de la inquietud que le agujoneaba. Era la mentira del que se sincera fingiendo ignorar la importancia del daño causado.

—No es nada —decía a su hija, que, alarmada por el aspecto de mamá, venía a pasar con ella todas las noches.

Hacía encender todas las chimeneas de la casa: una atmósfera de horno esparcía por las habitaciones. Afirmaba a gritos, sin emoción alguna, que su mujer solo sufría un resfriado, y al hablar con esta certeza, una voz extraña parecía gritarle dentro del cráneo: «Mentira; se muere. Se muere, y tú lo sabes».

Los síntomas de que le había hablado el médico iban presentándose uno tras otro, con fatídica regularidad, en un engranaje mortal. Al principio, solo notó en ella una fiebre viva y continua, que parecía aumentarse a la caída de la tarde, con profundos estremecimientos. Después observó sudores de una abundancia aterradora: sudores nocturnos que dejaban impresa en las sábanas la huella de su cuerpo. Y a este cuerpo mísero, cada vez más frágil, más esquelético, como si el fuego de la fiebre devorase hasta la última partícula de su grasa y sus músculos, no le quedaba otra envoltura y defensa que la piel, que también parecía liquidarse en eterna humedad. La tos era frecuente; rasgaba a todas horas con su escala de ronquidos fatigosos el silencio del hotel.

Se quejaba de un continuo dolor en la base del pecho. Su hija la hacía comer, a costa de ruegos y caricias, llevándola la cuchara a la boca como si fuese una niña; pero la tos y la náusea cortaban la nutrición. Su lengua estaba seca. Se quejaba de una sed infernal que parecía devorarle las entrañas.

Así transcurrió un mes. Renovales, en su afán optimista, esforzándose por creer que la enfermedad no iría más lejos.

A pesar de su esquelética delgadez, aumentaban de volumen algunas partes de su cuerpo. El vientre era mayor; las piernas ofrecían extraña particularidad: una, delgadísima, enjuta, marcando bajo la piel las estrecheces y amplificaciones de los huesos, sin el más leve almohadillado de grasa; la otra, enorme, de una gordura que jamás había tenido, con la piel tirante y blanca, marcando en ellas las venas sus serpenteados de un intenso color azul.

Renovales hacía preguntas al doctor con gran ingenuidad. ¿Qué opinaba de estos síntomas? Y el médico bajaba la cabeza. No sabía; había que esperar: la naturaleza tenía sus sorpresas. Pero después, como animado por repentina decisión, pretextó el deseo de escribir

una receta, para hablar a solas con el marido, en su estudio de trabajo.

—La verdad, Renovales... Me pesa esta comedia misericordiosa, buena para otros; pero usted es un hombre... Es una tisis galopante; tal vez asunto de días, tal vez asunto de pocos meses; pero se muere, y yo no conozco el remedio. Si usted quiere, busque a otros.

¡Se muere!... Renovales quedó anonadado por la sorpresa, como si nunca hubiese creído en la posibilidad de este final. ¡Se muere!... Y después de la salida del médico, repetía en alta voz:

—¡Se muere! ¡Se muere!

Se lo decía a sí mismo para conmoverse, para prorrumpir en gemidos de dolor, pero su sensibilidad permanecía muda.

Josefina iba a morir, ¡y él estaba sereno! Sintió deseos de llorar; quiso llorar, con la voluntad imperiosa del que necesita cumplir un deber. Parpadeó, hinchando su pecho, conteniendo el aliento, esforzándose por abarcar con la imaginación esta desgracia; pero sus ojos permanecieron secos, sus pulmones aspiraron el aire con delicia; su pensamiento, duro y refractario, no se estremeció con ninguna imagen dolorosa.

Le atormentó la vergüenza de su monstruosidad. El mismo impulso que obligaba a los ascetas a imponerse mortales castigos por los pecados de su imaginación le arrastró a él, con la fuerza del remordimiento, a la habitación de la enferma; no dormía. Después de medianoche, paseaba en silencio por las habitaciones, profusamente iluminadas; rondaba cerca del dormitorio; entraba en él para ver a Josefina en su lecho, sudorosa, agitada de cuando en cuando por crueles toses, sumida en un sopor de muerte, y tan enflaquecida, tan pequeña, que apenas si las ropas de la cama marcaban su insignificante bulto, como el cuerpo de un niño. Después, el maestro pasaba el resto de la noche en un sillón, fumando, con los ojos muy abiertos, pero sumido el cerebro en la torpeza de la somnolencia.

Su pensamiento volaba lejos. Era en vano que se avergonzase de su crueldad: parecía hechizado por un poder misterioso, superior a sus remordimientos. Olvidaba a la enferma; se preguntaba lo que haría Concha a aquellas horas; la veía con la imaginación, desnuda y en impúdico abandono; recordaba las palabras, los estremecimientos, los gritos de sus entrevistas.

Una tarde los ojos de la enferma se fijaron en él, con la mirada intensa y tenaz que siempre le había aterrado. Eran ojos que le agujereaban la frente, que revolvían sus pensamientos.

Iba a morir; tenía la certeza de su muerte. Y una postrera rebelión de la vida que se resiste a extinguirse, el horror de la nada, hizo subir las lágrimas a sus ojos.

Renovales protestó con vehemencia, queriendo disfrazar su mentira entre gritos. ¿Morir?... ¡No había que pensar en eso!... ¡Viviría; aún le quedaban muchos años de existencia feliz!

Ella sonrió como si le compadeciese. No admitía el engaño; sus ojos iban más allá que

los de él; adivinaba lo impalpable, lo invisible, que rondaba en torno de ella. Habló débilmente, pero con esa inexplicable solemnidad de la voz que emite sus últimos sonidos, del alma que se exterioriza por vez postrera.

—Moriré, Mariano, más pronto de lo que crees..., más tarde de lo que yo deseo. Moriré, y tú quedarás tranquilo.

—Josefina, no delires... Cálmate.... ¡Por Dios, no digas esos disparates!

Ella sonreía con una mueca dolorosa, horrible.

—No quería irme sin decírtelo: muero sabiéndolo todo. No te muevas..., no protestes. Hace años me convencí de que todo había acabado entre nosotros. Hemos vivido como buenos animalitos de Dios, comiendo juntos, durmiendo juntos, pero yo me asomaba a tu interior, miraba tu corazón..., ¡nada, ni un recuerdo, ni una chispa de amor! Has trabajado mucho para envolverme en el bienestar, para que callase satisfecha y te dejara tranquilo. ¿Pero amor?... Nunca... Muchos viven como nosotros..., muchos..., casi todos. Yo no he podido; creía que la vida era otra cosa, y no siento irme...

—¡Pero qué tonterías dices! ¡Deliras! Yo te he querido siempre, Josefina; te quiero...

Los ojos de ella tomaron una extraña dureza. El fulgor de la cólera pasó por sus pupilas.

—¡Calla, no mientas! Conozco un montón de cartas que tienes en el estudio, ocultas tras los volúmenes de tu librería. Conozco tus amores...

Renovales sintió que le zumbaban las sienes.

—¡Mentira! —gritó él enérgicamente para ocultar su turbación—. ¡Nada de amor! Si las has leído, tú sabes lo que es tan bien como yo: pura amistad; cartas de una amiga que está algo loca.

La enferma sonrió con tristeza. Al principio era amistad; menos aún que esto, maligno entretenimiento de hembra caprichosa que gozaba jugueteando con un hombre célebre, infundiéndole los entusiasmos de un adolescente. Ahora su marido y Concha eran amantes.

—No lo niegues, es inútil. Esta certeza es la que me mata. Lo adiviné al ver que te quedabas abstraído, con una sonrisa de felicidad, como si saboreases tus pensamientos. Lo adiviné en la alegría con que cantabas por las mañanas al despertar, en el perfume de que venías impregnado y que te seguía por todas partes.

Y dilataba su nariz, aspirando el aire con gesto de dolor, cerrando los ojos, como si quisiera huir de las imágenes que este perfume evocaba en ella.

Calló un momento y a sus ojos subieron las lágrimas otra vez, con el recuerdo de los primeros años de vida común.

—Nadie te ha querido como yo, Mariano —dijo con nostálgica dulzura—. Te miro ahora como si fueses un extraño, sin cariño y sin odio. ¡Y sin embargo, no ha habido en el mundo una mujer que amase a su marido con mayor apasionamiento!

—Yo te adoro, Josefina. Te amo lo mismo que cuando nos conocimos. ¿Te acuerdas?

Pero en su voz, a pesar de la emoción que pretendía darla, sonaba la falsedad.

—¡Quién sabe! —murmuró la enferma con los ojos cerrados—. Tal vez después que yo muera te acordarás de mí... Tal vez me quieras algo... y me recuerdes... y sientas agradecimiento hacia la que tanto te amó. Lo que se pierde es lo que se desea...

Calló la enferma, anonadada por tanto esfuerzo; se sumió en aquel sopor fatigoso que para ella equivalía al descanso. Renovales, después de esta conversación, se vio en un estado de vil inferioridad ante su mujer. Lo sabía todo y le perdonaba.

Aún vivió unos quince días. Renovales, con cruel egoísmo, ansiaba descansar, lamentándose de esta existencia anormal. Si había de morir, ¿por qué no acababa cuanto antes, devolviendo la tranquilidad a todos los de la casa?

Ocurrió el suceso una tarde, a la hora en que el maestro, tendido en un diván de su estudio, releía las dulces quejas de una cartita perfumada, ¡Tantos días sin verle! ¿Cómo seguía la enferma?

No pudo acabar de leer. Entró Milita en el estudio con expresión azarada, llevando en los ojos ese terror, ese asombro que infunde la presencia de la muerte, el roce de su paso, aunque se aguarde su llegada.

Su voz tenía bruscas sacudidas. Mamá... estaba hablando con ella, la halagaba con la esperanza de un próximo viaje..., y de pronto, un ronquido..., la cabeza inclinándose antes de caer sobre el hombro..., un momento..., nada... ¡Lo mismo que un pajarito!

El maestro se dejó conducir por su hija, suspirando con fuertes resoplidos, queriendo llorar, con inútiles esfuerzos. Las lágrimas no llegaban. Su atención no podía concentrarse: la distraía una voz interior, la voz de las grandes tentaciones.

Había muerto y quedaba libre. Seguiría su camino, ligero, dueño de sí mismo, sin fatigosa impedimenta. ¡A él la vida con todos sus goces; el amor sin miedos ni escrúpulos; la gloria con sus dulces réditos!...

Iba a comenzar una segunda existencia.

TERCERA PARTE

I

Hasta principios del invierno siguiente no volvió Renovales a Madrid. La muerte de su mujer le dejó estupefacto, como si dudase de su realidad, como si sintiese extrañeza al contemplarse solo y dueño de sus acciones.

Y Renovales emprendió su viaje con la alegría de un estudiante, libre por vez primera de la vigilancia de la familia. Solo, rico y dueño de sus actos, se creyó el ser más feliz de la tierra. Su hija tenía a su marido, formaba familia aparte; él se veía en grato aislamiento, sin preocupaciones, sin deberes, sin otros lazos que los dulcísimos de aquellas cartas interminables de Concha que le salían al encuentro en su viaje. ¡Oh libertad feliz!...

Vivió en Holanda, estudiando sus museos, que no conocía; después, en un capricho de pájaro errante, descendió a Italia, saboreando algunos meses de vida fácil, sin trabajo, visitando estudios, recibiendo los honores debidos a un maestro célebre en los mismos sitios donde había luchado pobre y desconocido. Luego se trasladó a París, acabando por atraerle la condesa, que estaba en Biarritz veraneando con su esposo.

El pintor vivió gran parte del verano y todo el otoño en el ambiente grato de aquel hogar, que parecía creado para él. La servidumbre le respetaba, adivinaba en Renovales al verdadero amo. La señora, delirante por la larga ausencia, mostrábase tan audaz en sus arrebatos, que el artista tenía que contenerla, recomendando prudencia. El noble conde de Alberca le rodeaba de una simpática conmiseración. ¡Pobre e ilustre amigo! ¡Verse privado de su compañera! Y el hombre de las condecoraciones demostraba, con noble gesto, el horror que le infundía la posibilidad de verse viudo, sin aquella esposa que tan dichoso le hacía.

Al comenzar el invierno volvió Renovales a su hotel. Creyó que no había transcurrido un año. Todo estaba lo mismo, como si su ausencia solo fuese de unos cuantos días.

Fuera de su estudio, nada le recordaba a la esposa muerta. Evitó entrar en su dormitorio; no preguntó siquiera quién guardaba la llave. Durmió en el cuarto que había sido de su hija, en su camita de soltera.

Tomaba su almuerzo en el comedor, en un extremo de la mesa, sobre una servilleta, cohibido por las dimensiones y el lujo de esta pieza, que ahora le parecía enorme e inútil. Miraba distraído un sillón cercano a la chimenea, donde muchas veces se había sentado la muerta. El asiento, con los brazos abiertos, parecía esperar aquel cuerpecillo estremecido por encogimientos de pájaro. Pero el pintor no sentía emoción alguna. Ni siquiera podía recordar fielmente en su imaginación la cara de Josefina. ¡Había sufrido tantas transformaciones!... La última, aquella máscara esquelética, era la que evocaba mejor; pero le repelía, en su egoísmo de hombre feliz y fuerte que no quiere entristecerse con penosos recuerdos.

Después del almuerzo se tendía en un diván del estudio, contemplando las espirales azules de su cigarro. ¡Libertad completa! ¡Solo en el mundo! La vida entera para él, sin preocupación alguna, sin miedos. Podía ir y venir sin que unos ojos espiasen sus acciones, sin que una boca amarga turbase con reproches su plácida calma. Aquella puertecilla del estudio, que antes miraba con zozobra, no se abriría más para dar paso al enemigo. Podía cerrarla, aislándose del mundo; podía abrirla, haciendo entrar por ella, en ruidoso chorro de escándalo, todo cuanto se le antojase: batallones de bellezas desnudas, para pintarlas en revuelta bacanal.

Esta conciencia de su libertad absoluta, en vez de impulsarle a la acción, le mantenía en dulce quietud, satisfecho de poder hacerlo todo sin que su voluntad osase intentar nada, mirando como un enamorado tímido a su paleta abandonada, diciéndose con una falsa energía: «De mañana no pasa; mañana empiezo».

Y al día siguiente llegaba mediodía, y con él el almuerzo, antes de que Renovales hubiese llegado a coger el pincel. Leía periódicos extranjeros, recibía la visita de ciertos compañeros humildes, y ante ellos se lamentaba de la insolencia de la juventud, de sus avances irrespetuosos, con una sequedad de artista ilustre que empieza a envejecer y cree que con él se extingue el talento y nadie vendrá detrás de sus pasos.

Por las tardes, cuando lograba arrancarse a la dulce torpeza, que le retenía inmóvil, iba a ver a su hija. Después acababa la tarde en casa de la de Alberca, donde permanecía muchas veces hasta medianoche.

Comía allí casi todos los días. La servidumbre miraba a don Mariano con respeto, adivinando el lugar que ocupaba cerca de la señora.

Luego, apenas se ausentaba el marido, se iba sobre Mariano con los brazos abiertos, hambrienta, desafiando la curiosidad de los criados. Le parecía más dulce el amor amenazado de peligros. Y el artista se dejaba adorar con cierto orgullo.

Falto Renovales de entusiasmo para el trabajo, se refugiaba, para sostener su renombre, en los honores oficiales que se conceden a los maestros respetados.

Irritábase contra los periódicos, que, ensalzando a la gente joven, solo se acordaban de él para citarle de paso, como una gloria consagrada, como un señor que hubiese muerto y tuviera sus lienzos en el Museo del Prado.

Le atormentaba el hambre de celebridad; creía haber muerto obscuramente al transcurrir los días sin que le nombrasen. Se imaginaba que la juventud le volvía la espalda para mirar en distinta dirección, almacenándole entre los consagrados, admirando a otros maestros. Él, que tanto se había burlado del mérito oficial y de los rediles de las academias, se acordó de pronto que hacía varios años le habían elegido miembro de la de Bellas Artes después de uno de sus triunfos.

Renovales pasó varias semanas preocupado por su recepción, como si fuese el suceso más importante de su vida. La condesa se interesaba igualmente en los preparativos. Ella haría que fuese una solemnidad elegante; algo parecido a las recepciones de la Academia

Francesa, descritas en periódicos y novelas.

El día de la recepción se contempló al espejo con el frac puesto y la corbata regularmente anudada; lanzó un suspiro de descanso. ¡Por fin!... Ahora las placas, la banda. ¿Dónde encontraría estos honoríficos juguetes?... Desde la boda de Milita no se los había puesto; la pobre muerta los había guardado. ¿Dónde encontrarlos? Entró en el cuarto que servía de vestuario a su esposa. Abrió con nervioso tirón las puertas de los grandes armarios que cubrían las paredes... Ropas y más ropas.

Al olor balsámico de las maderas, que hacía pensar en la silenciosa calma de los bosques, uníase un perfume sutil y misterioso, perfume de años, de bellezas muertas, de recuerdos extinguidos; algo semejante a la sensación que dan al olfato las flores secas. Desprendíase ese olor de las masas de telas colgadas: vestidos blancos, negros, rosas, azules, con los colores apagados y discretos, los encajes mustios y amarillentos.

El pintor miraba algunos de estos trajes con la misma emoción que si fuesen viejos y olvidados amigos que se presentaban de pronto, con la sorpresa de lo inesperado. Una falda rosa le recordaba los buenos tiempos de Roma; un traje completo azul le hacía ver con la imaginación la plaza de San Marcos.

También le hablaba del pasado, evocando las muertas alegrías, aquel perfume juvenil envejecido en su encierro, que salía a oleadas de los armarios.

Quiso salir de allí cuanto antes. Las condecoraciones no estaban en el vestuario; tal vez las encontrase en el dormitorio.

De las profundidades del armario se desprendía como un humillo invisible, envolviéndole en su espiral acariciadora. Allí no había ropas. Sus ojos reconocieron inmediatamente en el fondo de una tabla los estuches que tanto buscaba; pero no tendió hacia ellos las manos; permaneció inmóvil, abstraído en la contemplación de mil objetos menudos que le recordaban a Josefina.

Sus manos lo removieron todo con dolorosa curiosidad. Un abanico viejo, guardado cuidadosamente, pareció emocionarle, a pesar de su pobre aspecto. Entre las roturas de sus pliegues marcábanse viejos colores; una cabeza pintada por él, cuando su mujer no era más que una amiga; un obsequio a la señorita de Torrealta, que deseaba tener algo del joven artista. En el fondo de un estuche brillaron con fulgor misterioso dos enormes perlas rodeadas de brillantes. Un regalo de Milán; la primera joya de verdadero valor que había comprado a su mujer, al pasar por la plaza del Duomo.

Revolviendo estuches, cintas, pañuelos y guantes, tropezaban con recuerdos a los que iba unida siempre su persona. Aquella infeliz había vivido para él, solo para él, como si su existencia no fuese nada, como si únicamente tuviese significación unida a la suya. Encontraba guardadas con religioso cuidado, entre cintas y cartones, fotografías de los lugares en que había transcurrido su juventud: los monumentos de Roma, las montañas de la antigua tierra pontificia, los canales venecianos.

Los retratos del artista, en las diversas edades de su vida, surgían de todos los rincones,

enredados en cintas, sepultados bajo las pilas de finos pañuelos.

De pronto sintió pasos en el cercano corredor, ruido de faldas, la voz de su hija. Fuera del hotel bramaba una bocina: su arrogante yerno que le avisaba para que se apresurase. Trémulo de miedo por ser sorprendido, sacó de los estuches las placas y las bandas y cerró precipitadamente el armario.

La solemnidad académica fue casi un fracaso para Renovales. La condesa le encontró muy interesante, en su palidez de emoción, constelado el pecho de astros de pedrería, cortada la blanca pechera por varias líneas de colorines. Pero apenas se levantó en medio de la general curiosidad, con el cuaderno en la mano, y comenzó a leer los primeros párrafos, se fue agrandando un murmullo, que acabó casi por sofocar su voz. Leía sordamente, con la precipitación de un escolar que desea acabar pronto, sin darse cuenta de lo que decía, en un rezo monótono y fatigante. La elegante concurrencia salió satisfecha de haberse reunido. Del discurso reñan muchas bocas, con la satisfacción de arañar indirectamente a su buena amiga la de Alberca.

—¡Un horror, hija mía! ¡Una lata insufrible!

II

Apenas despertó al día siguiente, el maestro Renovales, antes de dirigirse al estudio, entró en un salón donde Josefina recibía sus visitas. Allí, en el sitio de honor, conocía él un gran retrato de su esposa, pintado en Roma: una linda mujer con mantilla de blonda, falda negra de triple volante y en la breve mano el abanico de concha: un verdadero Goya. Contempló un instante la graciosa cara, sombreada por el negro de las blondas, y cuya palidez aristocrática rasgaban unos ojos de expresión oriental. ¡Qué hermosa era Josefina en aquellos tiempos!

Abrió la ventana para ver mejor el retrato, y la luz se esparció por las paredes de un rojo oscuro, haciendo brillar los marcos de otros cuadros más pequeños.

Entonces vio el pintor que el retrato goyesco no era el único. Otras Josefinas le acompañaban en esta soledad. Contempló con asombro la cara de su esposa, que parecía surgir de todos los lados del salón. Pequeños estudios de mujeres del pueblo o de señoras del siglo XVIII; acuarelas de moras; damas griegas, con la rígida severidad de las figuras arcaicas de Alma Tadema; todo lo que estaba en el salón, todo lo que había pintado, era Josefina.

Pasó a otro salón que estaba enfrente, y también allí le salió al encuentro la cara de su mujer.

¿Pero cuándo había hecho él todo aquello?... Creía haber pasado la existencia entera pintando a Josefina...

Después, en los pasillos de la casa, en todos los cuartos adornados con pinturas, le salió

al encuentro su mujer, bajo los aspectos más diversos, ceñuda o sonriente, hermosa o con la expresión triste de la enfermedad. Eran bocetos, simples dibujos al carbón, esbozos de su cabeza en el ángulo de un lienzo sin acabar; pero siempre aquella mirada que parecía seguirle, unas veces con melancólica dulzura, otras con intensa expresión de reproche.

La muerta no había muerto; rodeábale, resucitada por su mano. No podía dar un paso sin que su rostro surgiese de todos lados: le saludaba en lo alto de las puertas, parecía llamarle desde el fondo de las habitaciones.

En sus tres estudios aún fue mayor la sorpresa. Toda su pintura íntima, la que hacía por estudiar, por impulso irresistible, sin ningún deseo de venta, almacenábase allí, y toda ella era un recuerdo de la muerta.

Se entretuvo en contar las telas que reproducían la grácil figurilla de su mujer. Eran muchas: toda una vida de artista. Se esforzaba por recordar cuándo y dónde las había pintado. En los primeros tiempos de apasionamiento, sentía la necesidad de pintarla, por un impulso irresistible de trasladar al lienzo todo lo que veía con delectación, todo lo que amaba. Después había sido un deseo de adularla, de mecerla en una mentira cariñosa, de infundirle la certeza de que era su única adoración de artista, copiándola con vaga semejanza, extendiendo sobre sus rasgos, algo ajados por la enfermedad, una suave veladura de idealismo.

La existencia entera de Josefina había sido fijada por la mano de su esposo.

Aquella noche, al quedar a oscuras, tendido en la camita de su hija, se sintió molesto. No podría dormir; estaba mal allí. Sintió un deseo vehemente de salir del cuarto, de refugiarse en el dormitorio abandonado, como si solo en él pudiera encontrar descanso y sueño. ¡Oh, la cama veneciana, la cama de dogaresa rubia, aquel mueble señorial que guardaba toda su historia; donde ella había gemido de amor; donde se habían dormido tantas veces comunicándose a media voz sus deseos de gloria y de riqueza; donde había nacido su hija!...

Con la vehemencia que ponía en todos sus caprichos, el maestro recobró sus ropas, y quedamente, como si temiera ser oído por su criado, que descansaba cerca, encaminose al dormitorio.

Tendió los colchones cuidadosamente sobre la cama abandonada. Faltaban sábanas, almohadas, toda la ropa de dormir. La habitación, desierta tanto tiempo, estaba fría. ¡Qué noche tan agradable iba a pasar! ¡Qué bien dormiría allí! Los almohadones de un sofá, bordados de oro con duro relieve, le sirvieron de cabecera. Se envolvió en un gabán y se acostó vestido, apagando la luz, con el deseo de no ver la realidad, de soñar, poblando la sombra con las dulces mentiras de su imaginación.

Sobre aquellos colchones había dormido Josefina; sus blanduras conocían el suave peso de su cuerpo. No la veía, como en los últimos tiempos, enferma, demacrada, roída por la miseria física. Esta imagen dolorosa la rechazaba su pensamiento, abriéndose a las ilusiones bellas. La Josefina que contemplaba, la que llevaba dentro, era la otra, la de los primeros tiempos; y no como había sido en realidad, sino como él la había visto, como la había pintado.

Renovales revolvíase inquieto sobre los colchones; clavábanse en su rostro los bordados metálicos del almohadón; tendía sus brazos en la oscuridad, y una queja cortaba el silencio, tenaz, desesperada; un lamento de niño que exige lo imposible, que pide la luna:

—¡Josefina! ¡Josefina!

III

No en vano habían vivido tantos años de existencia común, unidos primero por el amor, luego por la costumbre. Sus cuerpos habían dormido en íntimo contacto durante media vida, tocándose de la frente a los pies, abandonándose a la inconsciencia del sueño, mezclando sus sudores, cambiando por los abiertos poros ese calor de las horas íntimas, que es como la respiración del alma. La muerta se había llevado una parte de la vida del artista.

Renovales se encerró en su hotel, con aire taciturno y gesto hosco, que infundieron miedo al criado. Si se presentaba algún amigo, debía decirle que había salido. Si llegaban cartas de la condesa, podía dejarlas en un cacharro antiguo de la antesala, donde se amontonaban las tarjetas inútiles.

Y trabajó solo, sin modelo, con una tenacidad que le hacía permanecer derecho ante el lienzo hasta que se desvanecía la luz. Algunas veces su criado, al entrar al anochecer en el estudio, encontraba intacto el almuerzo sobre la mesa.

Cotoner, el amigo íntimo, algo picado por la orden extraordinaria que le impedía el acceso al estudio, presentábase por la noche y en vano intentaba animarle con noticias del mundo exterior.

Su gesto de indiferencia repetíase al oír que le hablaba de la condesa de Alberca. Cotoner describía la alarma de aquella señora, su asombro por la conducta del maestro. Le había llamado para tener noticias de Mariano, para lamentarse, con los ojos húmedos, de esta ausencia. Había estado dos veces en la puerta del hotel, sin poder entrar; se quejaba del criado y de aquella obra misteriosa.

En su aislamiento, lo único que le ligaba al mundo exterior era el ansia de ver a su hija, de hablarla, como si la amase con nuevo cariño. Era carne de su Josefina; había vivido en sus entrañas.

Tenía para ella generosidades de amante. Sentíase capaz de derramar a sus pies todo lo que había amontonado en largos años de trabajo.

Una noche, Renovales, al salir de casa de su hija acompañado de Cotoner, dijo a este con cierto misterio:

—Ven por la mañana. Té enseñaré *aquello*. Aún está atrasado, pero quiero que lo veas... Solo tú. Nadie podrá juzgar mejor.

Después añadió con una satisfacción de artista:

—Antes solo podía pintar lo que veía... Ahora soy otro. Me ha costado mucho, ¡mucho!..., pero tú juzgarás.

Cotoner acudió al día siguiente, con el apresuramiento de la curiosidad, y entró en el estudio, cerrado para todos.

—¡Mira! —dijo el maestro con ademán soberbio.

El amigo miró. Frente a la luz había un lienzo en un caballete; un lienzo gris en su mayor parte, sin otro color que el del preparado, y, sobre este, rayas confusas y entrelazadas, delatando cierta indecisión ante los diversos contornos de un mismo cuerpo. A un lado una mancha de colores que era lo que el maestro señalaba con su mano: una cabeza de mujer, que se destacaba vigorosa sobre el crudo fondo de la tela.

Cotoner quedó absorto. ¿Aquello lo había pintado realmente el gran artista? No veía la mano del maestro. Aunque él fuese un pintor insignificante, tenía buen ojo y adivinaba la indecisión, el miedo, la torpeza, la lucha con algo irreal que se escapaba, negándose a entrar en el molde de la forma.

—Ya ves, ¡sin modelo! ¡Sin la realidad delante! —continuó el maestro—. No he tenido más guía que *esos*; pero es el mejor, el definitivo.

Esos eran todos los retratos de la muerta.

El amigo no pudo contener su asombro, no pudo fingir más tiempo, vencido por la sorpresa:

—¡Ah, pero es...! ¡Pero... has querido pintar a Josefina!

Renovales se echó atrás con violenta sorpresa. Josefina, sí: ¿quién había de ser? ¿Dónde tenía los ojos? Y su mirada iracunda trastornó a Cotoner.

Este volvió a contemplar la cabeza. Sí; era ella, con una belleza que parecía de otro mundo; extremada, espiritualizada, como si perteneciese a una humanidad nueva, libre de groseras necesidades, en la que se hubiesen extinguido los últimos restos de la animalidad ancestral.

—¡La reconoces por fin! —dijo el maestro, que seguía ansiosamente la impresión de su obra en los ojos del amigo—. Di, ¿no te parece igual?

Cotoner mintió con cierta conmisericordia. Sí, era ella; por fin la veía bien. Ella, pero más hermosa que en vida... Josefina nunca había sido así.

Ahora era Renovales el que miró con extrañeza y lástima. ¡Pobre Cotoner! ¡Infeliz fracasado, paria del arte, que no había podido salir de la muchedumbre anónima! ¡Por qué consultarle!...

No había reconocido a Josefina, y, sin embargo, este lienzo era su mejor retrato; el más exacto.

Renovales la llevaba en su interior; la contemplaba solo con recogerse en su pensamiento. Nadie podía conocerla mejor que él. Los demás la tenían olvidada. Así la veía..., y así había sido.

IV

La condesa de Alberca logró introducirse una tarde en el estudio del maestro.

Renovales, alarmado por el fuerte taconeo en la madera del pavimento y el roce de unas faldas rumorosas, se dirigió hacia la puerta, en el mismo instante que la condesa hacía su entrada con expresión teatral.

—¡Soy yo!

La turbación, la sorpresa, el miedo a esta entrevista, hicieron balbucear al maestro:

—Siéntate —dijo con frialdad.

Se sentó en un diván y el artista permaneció en pie ante ella.

Mirándose con cierta extrañeza, como si no se reconociesen después de esta ausencia de semanas que pesaba en su memoria como si fuese de años.

Renovales la miraba fríamente, sin que su cuerpo se estremeciera a impulsos del deseo, como si fuese una visita vulgar de la que necesitaba librarse cuanto antes.

Su instinto de mujer se tranquilizó al contemplarle. También él parecía otro, en el abandono de su aislamiento: el pelo alborotado, la barba enmarañada, revelando el descuido de la preocupación, la idea fija y absorbente que hace olvidar el aseo de la persona.

Se desvanecieron instantáneamente sus celos, la cruel sospecha de sorprenderle apasionado de otra mujer con una veleidad de artista.

A pesar de esta certidumbre tranquilizadora, como Concha iba dispuesta a llorar y traía sus lágrimas preparadas, aguardando impacientes en el borde de los párpados, se llevó las manos a sus ojos, encogiéndose en un extremo del diván, con gesto trágico. Era muy desgraciada; sufría mucho. Había pasado unas semanas horribles. ¿Qué era aquello? ¿Por qué desaparecía sin una explicación, sin una palabra, cuando ella le amaba más que nunca, cuando sentía impulsos de abandonarlo todo, de dar un escándalo enorme, viniendo a vivir con él para ser su compañera, su esclava?...

Y Renovales la miraba como si fuese otra mujer. Le parecía ridícula en este dolor que trastornaba su rostro, que lo afeaba, borrando su sonriente impasibilidad de hermosa muñeca.

—Hay que ser serios, Concha —dijo—. La vida no es un juego. Yo debo trabajar, y trabajo. Hace no sé cuántos días que no salgo de aquí.

—Has salido muchas veces: te han visto. Yo tengo mi policía que me lo cuenta todo. Has estado por las mañanas en el Museo del Prado. Te han visto horas enteras contemplando como un bobo un cuadro de Goya; una mujer desnuda. ¡Tu manía que vuelve otra vez, Mariano!...

Habló con voz fosca, titubeando, la mirada en el suelo, sin atreverse a levantar los ojos por miedo a los de Concha, que adivinaba fijos en él.

Hacía muchos días que pensaba escribirla. ¡El miedo a no consignar claramente sus pensamientos!... Ahora se alegraba de que hubiese venido.

Debían hablar como buenos camaradas que examinan juntos el porvenir. Era hora de dar fin a las locuras. Serían lo que Concha deseaba en otros tiempos: amigos, buenos amigos. Ella era hermosa, tenía aún la frescura de la juventud; pero el tiempo no transcurre en vano, y él se sentía viejo; contemplaba la vida desde cierta altura, como se contemplan las aguas de un río, sin mojarse en ellas.

Renovales la vio pronto lanzarse a él, enlazando los brazos a su cuello, hundiendo las manos con delectación en el revoltijo de su cabellera.

No era orgullosa; los hombres la adoraban, pero su corazón, su cuerpo, toda ella, era para su pintor, para aquel ingrato que tan mal correspondía a su cariño, que la iba a envejecer con tantos disgustos... Súbitamente enternecida, le besaba la frente con una expresión generosa y pura. ¡Pobrecito! ¡Trabajaba mucho!

—Deja que te bese otra vez esa frente bonita, para que callen y duerman los duendes que tienes dentro. ¡Di que me quieres! ¡Dilo en seguida! ¡Lo necesito!

Pero en vano extremaba su ademán autoritario; en vano aproximaba sus ojos a los de él, como si quisiera asomarse a su interior. El artista sonreía débilmente, murmuraba palabras evasivas, negábase a seguirla en estas exigencias.

—Dilo a gritos, que yo lo oiga... Di que me quieres. Llámame Friné, lo mismo que cuando me adorabas de rodillas, besando mi cuerpo.

Él nada dijo. Parecía avergonzado por el recuerdo. Bajaba la cabeza para no verla.

El silencio era penoso. Creyó de nuevo en otro amor, en una mujer que había venido a ocupar su puesto. Pero, ¿quién era? Su instinto femenino le hizo volver la cabeza, extender la mirada por la próxima puerta, viendo el estudio inmediato, y tras él, el último, el verdadero taller donde trabajaba el maestro. Avisada por misteriosa intuición, echó a correr hacia aquella nave. ¡Allí!... ¡Tal vez allí! Los pasos del pintor sonaron tras ella. Había salido de su desaliento al verla huir. La perseguía con un apresuramiento de terror. Concha presintió que iba a saber la verdad, una verdad cruel, con toda la crudeza de un descubrimiento a plena luz. Quedó inmóvil, con las cejas fruncidas por un gran esfuerzo mental, ante aquel retrato que parecía reinar en el estudio, ocupando el mejor caballete, en lugar preferente, a pesar del desierto gris de su lienzo.

El maestro vio en la cara de Concha la misma expresión de duda y extrañeza de su ami-

go Cotoner. ¿Quién era aquella?... Pero la vacilación fue más breve. Su orgullo de mujer aguzaba sus sentidos. Vio más allá de aquella cabeza desconocida el coro de antiguos retratos que parecía guardarla.

¡Ay! ¡Sus ojos de inmensa extrañeza! ¡La mirada de frío asombro que clavó en el pintor, examinándole de cabeza a pies!...

—¿Es Josefina?

—Sí, es Josefina.

Y lo dijo avanzando un paso, gallardamente, mirando a Concha como si fuese un enemigo, con cierta hostilidad en los ojos que no pasó inadvertida para ella

¡Enamorado de su mujer..., y después de muerta! ¡Encerrado como un asceta para pintarla con una hermosura que nunca había tenido!... La vida ofrecía grandes sorpresas, pero esto, seguramente, no se había visto nunca.

Aquello iba más allá de sus sentimientos. Una hembra sorprendida allí le hubiese hecho llorar, rugir de dolor, revolcarse en el pavimento, amar aún más al maestro, con el atizamiento de los celos. ¡Pero encontrarse con la rivalidad de una muerta! ¡Y, además de muerta..., su mujer!... El caso le pareció de una ridiculez sobrehumana. Sentía deseos locos de reír.

¡Pobre Mariano! Todo había acabado entre ellos. Evitó el tuteo; le tendió los dedos de su diestra enguantada, con un ademán de gran señora inabordable.

—Adiós, maestro. ¡Cuidarse!... No se moleste acompañándome, conozco el camino. Siga su trabajo, pinte mucho...

Taconearon sus pies nerviosamente al alejarse sobre el pavimento encerado, que ya no había de pisar nunca. El revoloteo de su falda esparció por última vez en el estudio su estela de perfumes.

Renovales respiró con más libertad al verse solo. Terminaba para siempre el error de su vida. De esta entrevista no le quedaba otro escozor que la indecisión de la condesa ante el retrato. La había reconocido antes que Cotoner, pero también había vacilado Nadie se acordaba de la muerta; solo él guardaba su imagen.

V

La conducta del maestro Renovales fue motivo de extrañeza, y hasta de escándalo, para todos sus amigos.

La condesa de Alberca mostraba especial cuidado en hacer saber a todos que no .la unían con el pintor otras relaciones que las de una amistad cada vez más glacial y ceremoniosa.

—Está loco —decía—. Es un hombre acabado. No queda de él más que un recuerdo de lo que fue.

Muchas veces, los alumnos de Bellas Artes, agrupados al anochecer junto al portalón de la Academia, le veían pasar por la acera de la calle de Alcalá, embozado en su capa, con un afectado misterio que atraía la atención.

—Ahí va Renovales. Ese es; el de la capa.

Y le seguían, con la curiosidad que inspira un hombre célebre, en sus idas y venidas por la anchurosa calle, con revuelos de palomo silencioso, como si esperase algo. Algunas veces, cansado sin duda de estas evoluciones, se metía en un café, y la curiosa admiración le seguía, pegando los ojos a los cristales de los huecos. Le veían caído en la banqueta, con aire de desaliento, contemplando sus vagos ojos la copa que tenía delante; siempre era lo mismo: coñac. De pronto la bebía de golpe, pagaba, y salía rápidamente, con la precipitación del que ha tragado un medicamento. Y otra vez continuaba sus paseos de exploración, con los ojos ávidos, mirando por encima del embozo a todas las mujeres que pasaban solas, volviéndose para seguir la marcha de unos tacones torcidos, el aleteo de unas enaguas morenas con manchas de barro.

Una leyenda de extraña aberración se iba formando en torno de él. Sus enemigos la repetían en los estudios; la gran masa, que no puede imaginarse a los hombres célebres con la misma vida que los demás, y los quiere caprichosos, atormentados por hábitos de extraordinaria monstruosidad, comenzaba a hablar con delectación de las manías del pintor Renovales.

En todas las tiendas de carne humana circulaba su historia, provocando grandes risas. Llegaba embozado, misterioso, siguiendo con apresuramiento el almidonado estrépito de unas faldas pobres que marchaban ante él. Atravesaba el lóbrego portal con cierto miedo, subía la tortuosa escalera que parecía oler a residuos de vida, apresuraba la aparición de las desnudeces con mano ávida, como si le faltase el tiempo, como si creyera morir antes de realizar su deseo, y de pronto, las pobres hembras, que soportaban con cierta inquietud su silencio febril y el hambre de fiera que lucía en sus ojos, sentían tentaciones de reír, viéndole caer desalentado en una silla, en contemplativo silencio, sin oír las palabras brutales, saliendo únicamente de su estupor cuando, fría y un tanto ofendida, intentaba la hembra recobrar sus ropas. «Más, un momento más.» Casi siempre terminaba esta escena por un gesto de disgusto: una amargura de decepción.

A oídos de Cotoner llegaban vagamente estas noticias. ¡Mariano! ¡Mariano! Pero lo que más provocaba las censuras del viejo amigo era la gente de que se rodeaba el artista.

El falso reverdecimiento de su vida le hacía buscar la compañía de los jóvenes, y Cotoner se daba a todos los demonios cuando, a la salida de los teatros, le encontraba en un café, rodeado de sus nuevas camaradas, todos los cuales podían ser sus hijos. Eran en su mayoría pintores, gente que empezaba: unos con cierto talento; otros, sin más mérito que su mala lengua: todos satisfechos de la amistad con el hombre célebre.

Renovales mostraba una bondad incommovible. Eran muy simpáticos; le divertían; en-

contraba en ellos la alegría de la juventud. Iban juntos a los teatros, a los *music halls*; conocían mujeres, sabían dónde se ocultaban las buenas modelos; con ellos podía entrar en muchos sitios adonde no se atrevía a ir solo. Sus años, su fealdad grave, pasaban inadvertidos entre esta alegre juventud.

—Me sirven —decía con un guiño de inocente malicia el pobre grande hombre—. Me divierto y me hacen conocer muchas cosas... Además, esto no es Roma: no hay apenas modelos; cuesta mucho encontrarlas, y estos chicos son mis guías.

No trabajaba. Su antigua actividad, que hacía de la pintura un elemento preciso de su existencia, desbordábase ahora en palabras, en deseos de verlo todo, para conocer «nuevos aspectos de la vida».

De pronto, en medio de la calle o en el teatro, Renovales decía a Cotoner:

—Mira..., fíjate: la tercera de la derecha, la pequeñita..., la que lleva el mantón amarillo.

—La veo, ¿y qué? —decía el amigo con voz agria por este rudo llamamiento.

—Fíjate bien... ¿A quién se parece? ¿A quién te recuerda?

—Pero, Mariano..., ¿dónde tienes los ojos? —exclamaba con no menos acritud el amigo—. ¿Qué tiene esa larguirucha, con cara de hambre, de la pobre difunta?... Tú en ver un espárrago triste le plantas un nombre: Josefina..., y no hay más que hablar.

Aunque Renovales se irritase en el primer momento ante la ceguera de su amigo, acababa al fin por convencerse. Se había engañado, ya que Cotoner no encontraba la semejanza. Debía acordarse de la muerta mejor que él; la pasión no turbaba su recuerdo.

Pero a los pocos días asediaba otra vez a Cotoner, con aire misterioso. «Una cosa..., tengo que enseñarte una cosa.» Y le enseñaba una hembra escandalosa, que levantaba la seca pierna o movía el vientre, delatando bajo la máscara de colorete la demacración de la anemia.

—¿Y esta? —imploraba el maestro con cierto temor, como si dudase de sus ojos—. ¿No te parece que tiene algo? ¿No te la recuerda?

El amigo estallaba en indignación.

—Tú estás loco. ¿En qué se parece aquella pobrecita, tan buena, tan dulce, tan distinguida, a ese... perro sinvergüenza?

Pero desafiando su cólera, el maestro insistió una noche con gran tenacidad para que le acompañase a ver a la Bella Fregolina, una muchacha española que cantaba en un teatrillo de los barrios bajos, y cuyo nombre de guerra, en letras de a metro, ostentábase en las esquinas de Madrid.

—Necesito que la veas, Pepe. Un momento nada más. Te lo suplico... Creo que ahora no dirás que me equivoco.

Era una muchacha pequeña, esbelta, de una delgadez rayana en la demacración. Su ca-

ra, de cierta belleza dulce y melancólica, era lo más notable de su cuerpo. Por debajo del vestido negro con hilos de plata, que se abría en ancha campana, mostrábanse sus piernas de frágil esbeltez, con la carne puramente necesaria para cubrir el hueso. Sobre las gasas del escote, la piel, pintada de blanco, elevábase con ligerísima protuberancia en los pechos, marcando luego las tirantes aristas de las clavículas. Lo primero que se veía de ella eran los ojos, unos ojos límpidos, grandes, virginales, pero de virgen perversa, por donde pasaban las expresiones libidinosas sin alterar su cándida superficie. Se movía como una novicia, los brazos pegados al talle, los codos salientes, encogida y ruborosa, y en esta posición iba cantando con voz de falsete enormes obscenidades, que contrastaban con su aparente timidez.

El pintor, al verla aparecer, dio con un codo a su amigo. No osaba hablar, esperando su opinión ansiosamente. Con el rabillo de un ojo le seguía en su examen.

El amigo se mostró clemente:

—Sí...; tiene algo. Los ojos..., la figura..., el gesto: la recuerda; es muy parecida... ¡Pero esa mueca de mona que hace ahora! ¡Esas palabrotas!... No; con todo eso pierde la semejanza.

—Es ella, ¿verdad?... Igual: el mismo cuerpo... Y además, Pepe, esa chica tiene cierto talento..., tiene gracia.

Al terminar el espectáculo, el maestro sintió la necesidad de hacer algo, de no irse sin enviar a la Bella Fregolina un testimonio de su presencia. Compró a una vendedora de flores un cesto muy adornado que se llevaba a casa con la tristeza del mal negocio. Debería entregarlo inmediatamente a la señorita... Fregolina.

—Sí, a la Pepita —dijo la mujer con aire de inteligencia, como si la uniese a ella cierta intimidad.

—Y le dice usted que es del señor Renovales..., de Renovales el pintor.

La mujer movió la cabeza repitiendo el nombre. Estaba bien: Renovales. Lo mismo que si le hubiese dicho otro nombre cualquiera. Y sin ninguna emoción, tomó los cinco duros que le daba el pintor.

El maestro vio una noche a López de Sosa saludar a la cupletista. Su yerno podía ponerle en relaciones con ella. Y audazmente, con un impudor de apasionado, le esperó a la salida para implorar su auxilio.

Quería pintarla; era una modelo magnífica para cierta obra que llevaba en el pensamiento. Lo dijo con cierto rubor, tartamudeando; pero el yerno rio de su timidez, mostrándose dispuesto a protegerle.

—¡Ah, la Pepita! Una gran mujer, y eso que ahora está en decadencia. Con esa cara de colegiala, ¡si usted la viese en una juerga!... Bebe como un mosquito... ¡Una fiera!

Una mañana Renovales llamó a Cotoner para hablarle, con grandes extremos de alegría.

—¡Va a venir!... ¡Va a venir esta misma tarde!

El viejo paisajista hizo un mohín de extrañeza. «¿Quién?»

—La Bella Fregolina... Pepita. Me avisa mi yerno que la ha convencido; vendrá esta tarde a las tres. Él mismo la acompañará.

Luego tuvo una mirada de desolación para su taller de trabajo. Estaba abandonado desde hacía algún tiempo; había que arreglarlo. Y el doméstico por un lado y los dos artistas por otro comenzaron apresuradamente el aseo de la gran nave.

Los retratos de Josefina y el lienzo con solo su cabeza fueron amontonados en un rincón, cara a la pared, por las febriles manos del maestro. ¿Para qué aquellos fantasmas si iba a presentarse la realidad?... En su lugar colocó un gran lienzo blanco, contemplando su virgen superficie con ojos de esperanza. ¡Las cosas que iba a hacer aquella tarde! ¡Qué fuerza sentía para el trabajo!...

Renovales oyó la voz de López de Sosa aproximándose lentamente, explicando a su acompañante aquellos cuadros, aquellos muebles que cautivaban su atención.

Entraron. La Bella Fregolina mostraba asombro en sus ojos. Parecía intimidada por el silencio majestuoso del estudio. ¡Aquel hotel tan grande, tan señorial, tan distinto de todos los que había visto!... ¡Aquel lujo antiguo, sólido, histórico, con sus muebles raros que le infundían pavor!... Miró a Renovales con respeto. Le parecía más distinguido, más aseñado que aquel otro hombre entrevisto vagamente en las butacas de su teatrillo.

Renovales también la miraba emocionado, al tenerla tan cerca.

La *divette* examinaba los lienzos que cubrían las paredes. ¡Qué bonito! ¿Y todo aquello lo hacía este señor?... Ella deseaba verse así, arrogante y hermosa en el fondo de un cuadro. ¿De veras deseaba pintarla?

López de Sosa se despidió, comprendiendo lo embarazosa que resultaba su presencia. Pepita era una buena muchacha; estaba deslumbrada por sus palabras y por el aspecto de la casa. Podía hacer de ella lo que quisiese.

Quedaron en un silencio largo y penoso. El maestro no sabía qué decir. Sobre su voluntad pesaban la timidez y la emoción. Ella no se mostraba menos conmovida.

Pronto se repuso de su timidez. Estaba habituada a estos momentos de vergonzoso mutismo que preceden al encuentro en la soledad de dos personas extrañas.

Miró en torno de ella con una sonrisa de profesional, deseando terminar cuanto antes la molesta situación.

—Cuando usted quiera. ¿Dónde me desnudo?

Renovales se estremeció al oír su voz, como si hubiese olvidado que podía hablar aquella imagen.

La condujo a la habitación de los modelos, y quedó fuera, prudentemente, volviendo la

cabeza sin saber por qué, para no ver por la puerta entreabierta. Transcurrió un largo silencio, cortado por el suave frufú de las ropas caídas, por el clic metálico de botones y corchetes.

López de Sosa, extremando su buen deseo de complacer a papá, la había hablado de prestar su cuerpo por entero, y ella se desnudaba, sin pedir más explicaciones.

El pintor salió de su mutismo, gritó con inquietud. No debía quedarse desnuda. En el cuarto tenía lo necesario para vestirse. Y, sin volver la cabeza, introduciendo un brazo por la puerta entreabierta, le mostraba a ciegas lo que él había dejado. Allí tenía un vestido rosa, un sombrero, zapatos, medias, una camisa...

Pepita protestó al reconocer estas prendas, mostrando aversión a cubrir sus carnes con ropas íntimas que parecían usadas y viejas.

—¿La camisa también? ¿También las medias?... No; con el vestido basta.

Pero el maestro suplicaba impaciente. Era necesario todo: lo exigía su pintura. El largo silencio de la muchacha delató la conformidad con que iba endosándose estas prendas anti-guas, dominando su repugnancia.

Cuando salió del cuarto sonreía con cierta lástima, como si se burlase de ella misma. Renovales se hizo atrás, conmovido por su propia obra, deslumbrado, sintiendo que le zumbaban las sienes, creyendo que los cuadros y muebles se agitaban, queriendo rodar en torno de él.

¡Pobre Fregolina! ¡Adorable mamarracho!... Sentía grandes ganas de reír, pensando en la tempestad de berridos que estallaría en su teatro al verla aparecer en escena vestida de este modo; en las burlas de los amigos si se presentase, en una de sus cenas, adornada con estas ropas de veinte años antes. El maestro se apoyó emocionado en el respaldo de su sillón.

—¡Josefina! ¡Josefina!

Era ella, tal como la guardaba en su memoria; la del dulce verano de las montañas romanas, con su traje de color rosa y aquel sombrero campestre que la daba el aire gracioso de una aldeana de opereta.

—¿Dónde me pongo? ¿Sentada? ¿Derecha?...

El maestro apenas lograba hablar; su voz era ronca, trabajosa. Podía colocarse como quisiera... Y ella se sentó en un sillón, adoptando una postura que consideraba elegantísima: la mejilla en una mano, las piernas montadas una sobre otra, lo mismo que en el reservado de su teatrillo, mostrando por debajo de la falda una media de color rosa de seda, de finos calados; la misma envoltura de seda que recordaba al pintor otra pierna adorada.

¡Era ella! La tenía ante sus ojos, corpórea, con su perfume de carne amada.

Por instinto, por costumbre, había cogido su paleta y un pincel manchado en negro, intentando trazar los contornos de aquella figura. ¡Ah, mano de viejo, mano torpe y tembloro-

sa!... ¿Adónde habían volado su facilidad de otros tiempos, su dibujo, sus cualidades que asombraban?

La Bella Fregolina le vio arrojar la paleta y venir sobre ella con un gesto de fiera loca.

Pero no sintió miedo: conocía estos rostros trastornados. La brusca acometida entraba, sin duda, en el programa; estaba prevista al ir allí, después de su conversación amistosa con el yerno.

Le vio llegar a ella con los brazos abiertos, estrecharla fuertemente, caer a sus pies con un mugido ardoroso, sordo, como si se ahogase; y ella, buena muchacha, misericordiosa, le animó inclinando la cabeza, ofreciendo los labios con cierto mohín amoroso y automático que era la herramienta de su profesión.

Este beso acabó de trastornar al maestro.

—¡Josefina! ¡Josefina!

El perfume de los tiempos felices surgía de las ropas, envolviendo aquel cuerpo adorable. ¡Era su vestido: era su carne! Iba a morir a sus pies, con la asfixia del inmenso deseo que dilataba su cuerpo angustiosamente, deseando estallar. Era ella: sus mismos ojos... ¡Sus ojos! Y al levantar la mirada para sumirse en sus dulces pupilas, para contemplarse en su tembloroso espejo, vio unos ojos fríos que le examinaban entornados, con una curiosidad profesional, paladeando irónicamente desde su altura serena esta borrachera de la carne, esta locura que se arrastraba gimoteando de deseo.

Renovales quedó aturdido por la sorpresa, sintió que algo helado bajaba por su espalda, paralizándole; se velaron sus ojos con una nube de decepción y desconsuelo.

¿Era realmente Josefina la que tenía entre sus brazos?... Era su cuerpo, su perfume, sus ropas, su pálida belleza de flor moribunda... Pero no; no era ella. ¡Aquellos ojos!...

Renovales, puesto de pie, caminaba hacia atrás, mirando a aquella mujer con espanto, y acabó por arrojarse en un diván con la cara entre las manos.

La muchacha, oyéndole gemir, tuvo miedo, y corrió hacia el cuarto de los modelos para quitarse aquellos adornos, para huir. Aquel señor debía estar loco.

El maestro lloraba... ¡Adiós, juventud! ¡Adiós, deseo! ¡Adiós, ilusión, sirena encantadora de la existencia, que huyes para siempre! Inútil buscar; inútil debatirse en la soledad de su vida. La muerte le tenía bien agarrado; era suyo, y solo con ella podría resucitar su juventud. Eran vanos estos simulacros. No encontraría otra que evocase el recuerdo de la muerta como esta mujer alquilada que habían envuelto sus brazos..., y, sin embargo, ¡no era ella!

En el instante supremo, al tocar la realidad, desvanecíase aquel *algo* indefinible que había encerrado el cuerpo de su Josefina, de su maja desnuda, adorada en las noches de juventud.

En vano se sentaría al borde del camino, retardando la hora de reanudar la marcha; en

vano bajaría la cabeza para no ver. Cuanto mayor fuese su descanso, más largo sería el tormento del miedo. Iba a contemplar a todas horas, sin nubes y sin obstáculos, el temido final de la última jornada; la posada de donde no se vuelve; la garganta de voraces negruras...; la muerte.